

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

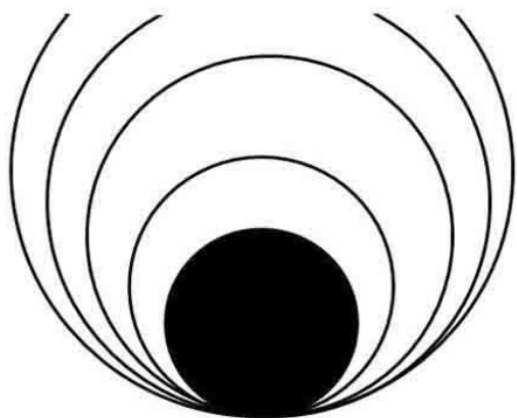
BOLSILIBROS

T POLICIAO

TECNICA DE UN ASESINATO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

TECNICA DE UN ASESINATO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.147
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 13.805 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1984

1ª edición en América: noviembre, 1984

© Clark Carrados - 1984

texto

© Fabá - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1984

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.895 — Muerte en la ciudad muerta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.757 — Millonaria por un día.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.589 — En la boca del infierno.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.140 — Se necesita un asesino.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

Aunque las noches empezaban a refrescar, el dueño de la casa, Fulton C. Williamsburg, no había ordenado que le encendieran la chimenea. La temperatura era lo suficientemente soportable para poder pasarse sin ninguna clase de calefacción. Los pronósticos del tiempo, sin embargo, anunciaban mal tiempo, pero eso era algo que, en aquellos momentos, no preocupaba en absoluto al señor Williamsburg.

Estaba sentado cómodamente en una butaca, repasando unos papeles, con el ceño fruncido. Había cosas que no le agradaban, pero también sabía que era muy poco lo que podía hacer para torcer el rumbo del asunto. Tal vez si no hubiera discutido tan ásperamente con aquel joven de genio demasiado vivo, pensó con cierta amargura, el asunto habría tomado un cariz muy diferente.

Por un momento. Williamsburg pensó en llamar al joven de genio vivo, pero desechó la idea en el acto. Era hombre orgulloso, que no solía volverse atrás de una decisión, y se propuso solucionar aquel asunto por sí mismo, sin necesidad de ayuda ajena.

La servidumbre estaba en sus habitaciones. Williamsburg había dado orden de que no se le molestara en absoluto. Incluso había desconectado el teléfono y cerrado con llave la puerta del salón, a fin de aislarse por completo de cuanto le rodeaba.

Inesperadamente, sonó una detonación.

Williamsburg se estremeció ligeramente. En el centro de su impecable camisa blanca apareció un pequeño círculo rojo, que empezó a ensancharse con rapidez.

La cabeza de Williamsburg se dobló sobre su pecho. Los papeles cayeron de sus manos ya sin fuerza y se esparcieron sobre la alfombra.

A Williamsburg le agradaba un fondo de música relajante cuando se concentraba en algo. El aparato reproductor, de

funcionamiento automático, continuó cambiando discos a medida que concluía cada uno, hasta que al final, agotada la provisión, se apagó y el silencio más absoluto se hizo en la estancia.

—Ha sido una noche muy movida —dijo ella, sonriendo, con las manos en el embozo de la sábana con que cubría su cuerpo desnudo.

Chester Tayne sonrió también, mientras se anudaba la corbata, satisfecho de sí mismo.

—Para eso nos juntamos, preciosa —contestó.

—Podemos juntarnos otro día —sugirió la mujer.

—Por supuesto. Ya quedaremos en algo por teléfono, ¿eh? —No dejes de llamarme, hombre de las cavernas.

Tayne se echó a reír.

—Soy un hombre del siglo xx —dijo.

—Pero te has portado como una fiera...

¿Lo lamentas?

Ella suspiró.

—Me gustaría volver de nuevo al inicio de la noche —dijo—. Habrá más noches... Tayne se interrumpió, porque acababan de llamar a la puerta. Un tanto alarmado, miró a la mujer.

—Oye, ¿no será tu...?

—No estoy casada ni espero a nadie —declaró ella.

—El lechero...

—Compro la leche por cajas en el supermercado, hombre. Los golpes se repitieron.

Fuera sonó una voz imperativa:

—¡Policía! ¡Abran, pronto!

La mujer soltó un chillido.

—¡Te juro que no he hecho nada malo. Chester!

Al mismo tiempo, se levantaba, buscando precipitadamente una bata para envolver su cuerpo. Frunciendo el ceño. Tayne fue a la sala, abrió la puerta y respingó al ver tres hombres en el umbral.

Uno de ellos vestía de civil. Los otros dos llevaban uniforme.

—¿Es usted Chester Tayne? —inquirió el primero.

—Sí, yo mismo...

—Sargento Ranglely —se presentó el sujeto—. Nos ha costado casi toda la noche dar con usted, pero, al fin, le hemos encontrado...

—Bueno, ¿qué pasa? No he cometido ningún delito, si es eso lo que pretende decirme, sargento —dijo Tayne de mal humor.

—Por el momento, nadie le acusa, pero necesitamos que nos acompañe —manifestó Ranglely.

—¿Adónde, si se puede saber?

Ranglely hizo una seña. Los dos policías de uniforme se adelantaron y, cogiendo al joven por los brazos, lo levantaron a peso y lo empujaron hacia la escalera.

—¡Es un trato indigno! —protestó Tayne a voz en cuello—. Les demandaré por abuso de autoridad...

La mujer corrió hacia la puerta.

—Sargento, ¿de qué se le acusa al señor Tayne? —preguntó.

Ranglely se volvió y la miró largamente. Ella se dio cuenta entonces de que se le había abierto la bata por completo y la cerró de un manotazo.

—Señora, por el momento, no se le acusa de nada, pero puede que se le acuse de asesinato —declaró.

Ella se quedó con la boca abierta. Cuando quiso reaccionar, los cuatro hombres habían desaparecido de su vista.

Casi a viva fuerza. Tayne fue introducido en una lujosa estancia, donde había varios hombres, uno de los cuales tomaba fotografías desde distintos ángulos, mientras los demás buscaban huellas por todas partes. Uno de los presentes, de mediana edad, rostro pétreo y cuerpo fornido, se acercó al joven.

—¿Tayne?

—Sí, yo mismo. ¿Qué pasa...?

—Teniente DeRayter, de Homicidios. Venga, por favor.

En aquel momento. Tayne se dio cuenta de que había un hombre sentado en un butacón, pero cubierto completamente por una sábana. DeRayter levantó el lienzo y se quedó a un lado.

—¿Conoce a este hombre, señor Tayne?

El joven se estremeció.

—Williamsburg...

—El mismo. —DeRayter dejó caer la sábana—. Hace cuarenta y ocho horas, usted sostuvo una violentísima discusión con el difunto. Hoy ha amanecido asesinado. Por eso le hemos traído aquí.

Tayne se indignó.

—¿Y creen que yo le he matado? —gritó.

—Por ahora, no creemos nada —contestó el oficial de policía—. Sólo queremos hacerle unas preguntas y, la más importante de todas, es: ¿Qué hacía y dónde estaba usted a las nueve de la noche, aproximadamente?

—¿Murió a esa hora? —inquirió Tayne, algo más rehecho de la impresión sufrida.

—El forense calcula que murió entre ocho y once. La autopsia, seguramente, proporcionará una hora más ajustada a la realidad. Pero sí sabemos que, a las ocho menos cinco, Williamsburg despidió a la servidumbre y se encerró en este salón. Tenía que levantarse a las cinco y media, para tomar el avión a Chicago de las seis y treinta. El mayordomo fue a su dormitorio a despertarle y no le encontró. Buscó por toda la casa, el salón estaba cerrado por dentro, miró a través de una de las ventanas exteriores... y lo encontró tal como acaba de ver.

—Bueno, teniente —dijo Tayne— me temo que voy a verme en un mal paso, porque hasta las once y media de la noche, no tengo coartada. Permanecí en mi apartamento, solo, toda la tarde, hasta las once y media. Después... el lugar donde estuviera no importa, puesto que la declaración de otra persona ya no me puede servir para nada.

—¿Qué hizo hasta antes de reunirme con esa otra persona?

—Permanecí toda la tarde en mi casa, trabajando. Estoy realizando unos cálculos sobre estadística del posible tráfico en un puente que quizá se construya en un lugar que no me es permitido revelar por ahora. Esto no tiene relación alguna con la muerte de Williamsburg, teniente.

—Conforme. Sin embargo, tenía entendido que usted es ingeniero...

—Y lo soy, pero también conozco los fundamentos de la estadística. Otros ingenieros lo encargan a expertos; en este asunto, yo soy mi propio experto.

—Y se ahorra un sueldo.

—Gano dos —contestó Tayne con desparpajo—. De los resultados de mis cálculos estadísticos dependen en buena parte el diseño y la estructura del puente. Y, a propósito, ya que no me lo ha preguntado, se lo diré yo: la discusión con Williamsburg sobrevino a causa de una cuestión muy parecida.

¿Un puente?

—Pues, sí, pero él había encargado los cálculos a otro y yo sostenía que estaban equivocados, por defecto. El se fiaba de su asesor y yo le dije que, en tales condiciones, el puente se lo iba a construir él. Williamsburg, quiero decir. Trató de sujetarme por medio de un supuesto contrato, que no existía, pero yo lo envié al diablo. Williamsburg tenía una fea costumbre, teniente.

—¿Qué costumbre, señor Tayne?

—Oír sí cada vez que hablaba con alguien. Y yo no podía decir sí, cuando, honradamente, debía decir no, que es lo que dije.

—¿No hubo otros motivos en la discusión?

Tayne levantó la mano derecha.

—Puedo jurárselo —respondió.

DeRayter hizo una mueca.

—Es un asunto endiablado. Un hombre se encierra en una habitación con llave y amanece muerto de un tiro, sin que nadie haya forzado la puerta ni las ventanas...

—Quizá lo hizo abriendo una ventana desde fuera y cerrando después...

—No —contradijo el policía—. No hay señales de pisadas al pie de ninguna de las ventanas. En fin, señor Tayne...

Dos sanitarios entraron en aquel momento con la camilla. DeRayter esperó hasta que se hubieron llevado el cadáver.

—Señor Tayne, puede marcharse, pero no abandone la ciudad —dijo.

—Gracias, teniente. Ah, no se moleste en hacerme seguir: soy inocente.

—A menos que se demuestre lo contrario —repuso punzantemente el oficial.

—No se puede demostrar lo que no es cierto —se despidió Tayne, muy serio.

Un coche de la policía le llevó a su casa. En el trayecto. Tayne se preguntó más que cómo lo había hecho, quién había asesinado a Williamsburg.

El difunto, era cierto, había tenido un genio infernal, pero le parecía que no era motivo suficiente para asesinarlo. Claro que podían existir otras causas que, si para él resultaban desconocidas y hasta incomprensibles, para el asesino resultaban lo suficientemente

poderosas como para impulsarle al crimen.

Quién era, cómo lo había hecho, eran asuntos, a fin de cuentas, que no debían importarle en absoluto, ya que, finalizada la discusión con Williamsburg, había decidido desligarse de él por completo.

Sin embargo, presentía que aquel asesinato iba a traerle más complicaciones de las esperadas.

CAPÍTULO II

Apenas llegó a su casa, se fue al baño y permaneció largo rato en la ducha. Luego, vestido con una simple bata afelpada, fue a la cocina y enchufó la cafetera. Había dejado el trabajo inconcluso la víspera y quería terminarlo lo antes posible. Con una taza humeante en una mano, se dirigió a su estudio, pero, apenas había echado un vistazo a los planos que tenía encima del caballete de dibujo, sonó el timbre de la puerta.

—Otro policía —rezongó.

Sin prisas, apuró el café y fue hacia la entrada. El timbrazo se repitió cuando ya hacía girar el pomo.

—No me atosiguen más. He dicho todo lo que tenía que decir...

—¿Perdón? —dijo la encantadora muchacha que estaba ante el umbral.

Tayne parpadeó.

—Disculpe, la confundí con... Bueno, no importa. ¿Qué viene a venderme, señorita?

Ella sonrió. Era una muchacha alta, espigada, de cabellos delicadamente claros y ojos muy azules. En su silueta, apreció Tayne, no había la menor línea discordante. Tenía una figura perfecta, se dijo.

—Me llamo Mabel Garden —dijo ella—. He venido a presentarle mis excusas, señor Tayne. Si es usted Chester Tayne.

—Desde que nací, señorita Garden. Pero no sé por qué tiene que disculparse...

—Una cuestión de estadística.

Tayne abrió los ojos.

—¿Debo deducir que usted...?

Mabel asintió.

—Sí, yo —confirmó.

El joven se echó a un lado.

—Perdone que la reciba con esta indumentaria, pero acababa de salir del baño... Pase, por favor, se lo ruego, señorita Garden.

—No se preocupe —sonrió la muchacha.

Durante unos momentos, ambos parecieron sentirse cortados, sin hablar, mirándose recíprocamente, como si no supieran qué decirse. Luego, Tayne, reaccionando, la indicó un asiento.

—Por favor...

Mabel se sentó, con las rodillas muy juntas y el bolso en el regazo. Tayne carraspeó.

—¿Le... apetece una taza de café?

—Gracias —aceptó ella con hechicera sonrisa.

—Si... si no le importa, iré a cambiarme... Ya que ha venido, me gustaría comentar el problema con usted...

—Y, de paso, podría corregirme algunos errores de mi trabajo —solicitó la muchacha—. He traído el borrador, señor Tayne.

—Está bien, hablaremos más tarde. Perdone...

Un cuarto de hora más tarde. Tayne, ya vestido, llegó a la sala con la bandeja. Ella le entregó unos papeles que había sacado de su bolso.

—Aquí tiene —dijo.

Tayne hojeó los papeles rápidamente. De pronto, frunció el ceño.

—Oiga, yo diría que aquí no hay apenas errores. Es un trabajo muy correcto, aunque tendría que examinarlo más a fondo...

Mabel pareció sentirse sorprendida.

—El señor Williamsburg mencionó varios errores —manifestó—. Incluso me los indicó y yo tomé nota... pero tengo el papel en otra parte...

Tayne frunció el ceño.

—¿Cuándo habló usted con él? —preguntó.

—Ayer por la mañana. Luego tuve otras cosas que hacer y me impidieron venirle a ver a usted. Hoy, más despejada de trabajo, he podido hacerlo. Después iré a hablar con Williamsburg...

—¿Cómo dice, señorita Garden?

—He dicho que luego iré a hablar con Williamsburg... —Pero... ¡si está muerto! ¡Lo han asesinado!

Mabel se había mareado ligeramente al conocer la noticia y Tayne le dio un poco de coñac, con lo que los colores volvieron a su

rostro. La muchacha se sentía profundamente impresionada.

—No me lo puedo creer... Ayer, lleno de vida... y de improprios...

—Sí, tenía un lenguaje muy virulento —convino Tayne—. Me extraña que no conociera la noticia...

—No he leído los periódicos y no escucho la radio ni enciendo la televisión, al menos tan temprano —explicó Mabel—. Confieso que la noticia me ha pillado desprevenida por completo. Siento haber dado un pequeño espectáculo, señor Tayne.

—No se preocupe —sonrió el joven—. Pero volvamos a lo nuestro. Usted ha venido para disculparse por sus errores y yo he visto que son mínimos, prácticamente inexistentes. Aunque no lo he examinado a fondo, puedo decirle que es un trabajo muy bien realizado y que tiene un mérito muy notable.

—Muchas gracias —dijo ella.

—Pero en todo esto, hay algo que me intriga profundamente. El trabajo que me enseñó Williamsburg estaba plagado de errores. No me dijo quién era su autor y de ahí sobrevino nuestra discusión, que no terminó a golpes de puro milagro. Le envié al diablo, porque él quería utilizar el trabajo equivocado y yo no podía aceptarlo, honradamente, porque no quería hacerme responsable de un estudio desastroso.

—Yo tampoco lo entiendo. Si está bien hecho, salvo errores mínimos, ¿cómo pudo usted ver algo que no existe?

Tayne entornó los ojos.

—Usted ha traído el borrador —dijo.

—Sí.

—Después de concluido el trabajo, lo pasó a limpio.

—Exactamente.

—¿Se lo llevó a Williamsburg en propia mano?

—Oh, no, se lo entregué a mi jefe.

—¿Su... jefe?

—Sí. Trabajo en una oficina de proyectos... Una vez que hube terminado mis cálculos, entregué todos los papeles a mi jefe. Se llama Arthur Sallishaw. El se lo llevaría o lo entregaría a Williamsburg, aunque luego me dijo que éste quería hablarme personalmente. Entonces fue cuando me enteré de los errores.

—O sea, le vio un día después que yo.

—Efectivamente.

Tayne hizo un gesto con la cabeza.

—Esto me resulta incomprensible —murmuró—. Oiga, ¿dónde está el trabajo en limpio?

—En la oficina, supongo. Yo se lo entregué a Sallishaw hace tres días. Ya no he vuelto a saber más de ello... hasta que hablé con Williamsburg, claro.

—El difunto le mencionó mi nombre, supongo.

—Sí —admitió Mabel.

—Me gustaría aclarar este asunto —dijo Tayne—. Yo llevé mi trabajo, él dijo que tenía uno mejor; lo examiné unos momentos, vi un montón de errores y... Bueno, supongo que eso ya importa poco, al menos a mí.

—Williamsburg ha muerto. ¿Se sabe quién es el asesino?

Tayne hizo un gesto negativo.

—Nadie tiene la menor idea, aunque debo confesar que la policía me considera como sospechoso —respondió—. ¿Usted? —se asombró Mabel.

—A causa de la discusión. Nos dijimos frases verdaderamente atroces, pero en ningún momento le amenacé de muerte. Sin embargo, ya sabe, piensan que pude quedar resentido y... Dejando esto de lado, le diré que no necesitaba darme excusas. Usted lo hizo estupendamente; con un mínimo de correcciones, habría quedado perfecto.

—Sólo es una opinión suya, señor Tayne —sonrió ella.

—Sí, pero creo que acertada.

Hubo un pequeño intervalo de silencio. Luego Mabel se puso en pie.

—Celebro infinito haberle conocido —dijo, a la vez que le tendía su mano.

—Ha sido un regalo para mis ojos —contestó él.

Mabel se ruborizó ligeramente. Luego se encaminó con paso mesurado, pero lleno de gracia y distinción hacia la puerta.

Tayne se quedó en el umbral, mirándola hasta que la vio entrar en su coche. Iba a retirarse cuando, de pronto, vio otro automóvil detrás del de la muchacha.

El segundo coche se puso en marcha inmediatamente.

—¿La siguen? —se preguntó.

Tal vez la consideraban también como sospechosa. Pero ¿qué podía hacer él?

Encogiéndose de hombros, entró en la casa y se dispuso a enfrascarse en su trabajo.

Apenas había cogido un lápiz, sonó el timbre de nuevo.

Ocultando un gesto de fastidio. Tayne se dispuso a abrir. Un hombre de notable corpulencia apareció ante sus ojos. —Hola —saludó el sujeto—. ¿Hablo con Tayne? El tono impertinente del hombre irritó al joven. —«Señor» Tayne, si no le importa— puntualizó.

El otro escupió a un lado.

—Lo mismo da —rezongó—. Oiga, acaba de tener una visita.

—¿Le importa mucho?

—Puede. ¿De qué han estado hablando?

—Eso no es cuenta suya, señor...

—Elthoon, Mick Elthoon. Y me interesa mucho más de lo que se piensa.

—¿Por qué? —se extrañó Tayne.

—Ande, sea bueno y dígame de qué han estado hablando.

Tayne hizo un verdadero esfuerzo para no emprenderla a golpes con el desvergonzado sujeto, a quien no conocía y de cuyas intenciones no tenía la menor idea. Procurando sonreír, dijo:

—Vino a pedirme ayuda para ella y sus siete hermanitos pequeños, que no tienen un pedazo de pan que echarse a la boca. La madre está paralítica desde hace cuatro años y el padre es un alcohólico irrecuperable, que la pega cuando no le lleva cinco dólares para licor. Su marido está en la cárcel condenado a cadena perpetua y, por si fuese poco, ella padece una enfermedad incurable que la llevará a la tumba antes de seis meses. Me ha pedido que adopte a su familia cuando ella muera...

Elthoon tenía la boca abierta de par en par.

—¡Vaya drama! —comentó—. Pobre chica...

Tayne sacó un pañuelo y simuló limpiarse una lágrima.

—El hijo que esperábamos no pudo nacer —añadió.

Elthoon le puso una mano en el hombro.

—Resignación, amigo —dijo.

—Gracias, señor.

—Dispense la molestia. No quería causarle ningún daño...

—Muy amable, señor Elthoon.

—Lo siento de veras. Adiós.

Elthoon se marchó. Tayne contuvo una sonrisa.

—Será idiota... Se lo ha creído —murmuró, mientras cerraba la puerta. Al quedarse solo, se sintió repentinamente disgustado consigo mismo—. ¿Por qué diablos no he pedido a Mabel su dirección?

La noticia había causado sensación. Todos los diarios la publicaban con enormes titulares. Tayne leyó uno, sentado a la mesa del restaurante donde solía acudir con cierta frecuencia.

De repente, notó que alguien se sentaba frente a él. Retiró el periódico y contempló, agradablemente sorprendido, el hermoso rostro de Mabel.

—¿Le importa que me siente? —consultó la muchacha.

—Por favor... —Tayne dobló el periódico y lo dejó a un lado—. ¿Quiere cenar conmigo?

—Acepto encantada —sonrió ella—. Tengo que contarle algo interesante, señor Tayne.

—¿De veras? Pero, en primer lugar, dígame cómo ha sabido encontrarme.

—Usted tiene contestador automático. Llamé a su casa y así supe que estaría aquí.

—Es verdad. A veces soy un poco tonto...

Un camarero pasaba en aquel momento junto a ellos y Tayne llamó su atención. Mabel encargó su cena y luego apoyó los codos sobre la mesa.

—He estado haciendo algunas averiguaciones —manifestó.

—¿Y...?

—Mi informe, el que yo redacté, ha desaparecido de la oficina.

—¿De veras?

—Tenía que estar archivado en el lugar correspondiente. No aparece por ninguna parte.

—Alguien se lo habrá llevado, supongo. ¿No ha hecho preguntas?

—La secretaria de Sallishaw no tiene la menor noticia del asunto. En cuanto a Sallishaw se marchó anteayer de la ciudad y, al menos hasta dentro de dos o tres días, no regresará a su despacho.

—Entonces, habrá que esperar.

—Forzosamente. Pero me siento preocupada, señor Tayne.

—Mabel, mi nombre es Chester. Pero si quiere un consejo... Olvídense de todo. No se preocupe más del asunto. Usted hizo un trabajo honesto. Si alguien luego, quiso engañar a Williamsburg, la responsabilidad, en todo caso, no es suya.

—De acuerdo, pero, suponiendo que lo del engaño sea cierto, ¿por qué. Chester?

—No tengo la menor idea. Mabel. Entretanto, ¿por qué no se concentra en la cena?

—De acuerdo —aceptó ella.

Mientras comían, charlaron despreocupadamente. Al terminar. Tayne se sintió admirado.

—Tiene usted un magnífico apetito y no es nada remilgada. ¿No teme por su línea?

—Quizá, dentro de veinte años... —rió la muchacha—. Usted tampoco se ha quedado atrás.

—Disfruto de, como se dice, una salud a prueba de bombas. Y, volviendo al tema que nos ocupa, tengo que averiguar qué clase de pájaro es Sallishaw. ¿Por qué demonios, y perdone la expresión, tuvo que enviar un informe erróneo? ¿Lo hizo para desprestigiarla a usted?

—No lo creo. Chester.

—¿Ha tenido algún roce con él últimamente? No se ofenda, pero usted es muy hermosa y Sallishaw, tal vez...

Mabel hizo un gesto negativo.

—Siempre se ha comportado con absoluta corrección, sin la más mínima insinuación —respondió.

—Entonces, no lo entiendo. Pero le prometo que iré a hablar con él apenas sepa que ha vuelto a la ciudad.

—No creo que consiga nada, pero... en fin... Chester, creo que es hora de que regrese a mi casa.

—Por supuesto.

Tayne abonó la nota y luego salieron juntos del restaurante. El joven había ido a pie, ya que estaba relativamente cerca de su casa, por lo que se dispuso a abrir la portezuela del automóvil de la muchacha.

En aquel instante, vio algo que llamó su atención.

—¿Qué diablos hace ahí ese tipo? —murmuró.

CAPÍTULO III

Mick Elthoon estaba parado a poca distancia, en pie, junto a un automóvil estacionado tras el de la muchacha. El sujeto había adoptado una actitud de indiferencia, evitando mirar hacia ellos, pero sin dejar de vigilarlos con el rabillo del ojo. —Mabel, ¿sabe que, después de marcharse de mi casa, la han seguido?— dijo Tayne. Ella se sobresaltó.

—¿Me seguían? ¿Quiénes?

—Permítame... La acompañaré hasta su casa y así veremos qué tratan de conseguir dos tipos a los que estoy viendo desde aquí. No mire, por favor; compórtese con naturalidad. Conduzca usted y yo vigilaré a... sus vigilantes.

Mabel se sentó tras el volante. Tayne lo hizo a su lado.

El automóvil se puso en marcha inmediatamente. A los pocos segundos. Elthoon entró en el otro coche, que se despegó de la acera sin pérdida de tiempo.

—Nos siguen, en efecto —dijo Tayne, pasados algunos minutos.

—¿No sabe quiénes son? —preguntó Mabel.

—Uno de ellos estuvo en mi casa, a preguntarme por usted. Le conté una historia que era un verdadero drama y pareció marcharse convencido, pero temo que mis dotes de persuasión mediante las lágrimas no sean verdaderamente efectivas. El tipo está ahí, con otro a quien no conozco y ambos, al parecer, dispuestos a no despegarse de nosotros. Mejor dicho, de usted.

—Me resulta incomprensible. Hasta ahora, yo no he tenido enemigos. Ni tampoco poseo una fortuna que permita suponer la obtención de un importante rescate.

—En realidad, yo supongo que esto no tiene nada que ver con usted personalmente. Mi instinto me dice que es consecuencia de unos informes que alguien alteró deliberadamente, con objeto de que parecieran equivocados.

—¿Usted cree? —se sorprendió la muchacha.

—Es una posibilidad. Si se trata de otro asunto, lo ignoro... pero hay un muerto de por medio.

—Se refiere a Williamsburg.

—Sí, sin duda alguna.

—No alcanzo a comprender por qué mi informe tiene que estar relacionado con ese crimen —declaró Mabel.

—Tampoco yo. Y no creo que los que nos siguen lo sepan tampoco. Sospecho que son unos profesionales...

—¿Detectives privados?

—¡Hum! —dudó el joven—. Un auténtico detective privado no se habría dejado impresionar por mi historia lacrimógena. Mick Elthoon sí y se marchó sin hacer más preguntas.

—¿Ha dicho Elthoon. Chester?

—Sí. ¿Acaso le conoce?

Mabel pareció concentrarse en sí misma durante unos momentos. Al fin, respondió:

—He oído ese nombre en alguna parte, pero en estos momentos me siento incapaz de concretar dónde.

—Bueno, no importa; lo recordará cuando menos lo espere. Ahora me gustaría encontrar la forma de dar esquinazo a esos tipos...

Mabel sonrió.

—¿Quiere dejarlo de mi cuenta?

—Es buena conductora, parece.

—No lo hago del todo mal. ¡Agárrese. Chester!

El joven apenas tuvo tiempo de reaccionar. Mabel había pisado el acelerador a fondo, justo cuando un enorme camión salía de una calle transversal.

Tayne se sintió lanzado contra el respaldo del asiento. Perdido el aliento, creyó que el coche se iba a estrellar contra el camión, pero, en el último instante. Mabel hizo un hábil viraje a la izquierda y pasó fulgurantemente por delante del morro del enorme vehículo. A continuación, viró a la derecha y retornó a la velocidad normal.

—Escuche —dijo sonriendo.

Desde cincuenta metros más atrás, llegó el estruendo de una colisión. Tayne volvió la cabeza y vio que el coche de los perseguidores había chocado parcialmente por su aleta izquierda

contra la zaga del camión, saliendo luego rebotado hacia una farola, contra la que se quedó detenido.

Mabel lanzó una alegre carcajada.

—Chester, ¿y si ahora me contase esa historia tan triste que le relató hoy a Elthoon?

—A lo mejor no le gusta —supuso él, reticente.

—Vamos, anímese; no soy una niña. Empiece, por favor.

Cuando Tayne hubo terminado su relato, ella meneó la cabeza.

—Pobre chica. Es un cúmulo de desgracias... Y un hijo iba a ser de usted...

—Un día traté de consolarla en su aflicción, le acaricié primero los cabellos, luego la besé para darle ánimos y... En fin, ocurrió lo inevitable.

—Tiene usted una imaginación portentosa. Chester. Pero, como es mentira, resulta una historia divertidísima. Sí, mucha imaginación...

—Pero no la suficiente como para asesinar a Williamsburg y, además, hacerlo de una forma que nadie entiende.

Ella se puso seria.

—Es cierto —murmuró—. ¿Quién lo hizo. Chester?

Era una pregunta para la que Tayne no tenía respuesta.

Tayne regresó a su casa alrededor de las once de la noche. Había tomado café en el apartamento de Mabel, con la que había estado comentando lo ocurrido y haciendo toda suerte de cábalas y suposiciones, sin que, en ningún momento, llegasen a una solución satisfactoria para aquel enigma. Tras despedirse de la muchacha, tomó un taxi y, una vez abonado el importe de la carrera, se dispuso a abrir la puerta.

Entonces dos sombras se destacaron de la cercana oscuridad y se situaron a ambos lados, dejándole en el centro.

—Hola, fabulista —dijo Elthoon.

Tayne procuró mantenerse sereno.

—No se creyó la historia, Mick —sonrió.

—Una mujer con siete hijos, el marido en la cárcel, el padre alcohólico y la mujer paralítica, no va a cenar a un buen restaurante, elegantemente vestida —adujo el sujeto.

—Hábil deducción, Mick, ¿no quiere usted presentarme a su amigo?

El otro era de mediana estatura, más bien delgado y tenía una tira de tela blanca en un lado de la frente.

—Nos ha hecho trizas el coche —se quejó.

—No se preocupe; alguien se lo pagará —dijo Tayne desenvueltamente—. Mick, ¿cómo se llama su piloto?

—Dude Malone —contestó el aludido.

—Muy bien. Y ahora, ¿pueden decirme qué quieren de mí?

—Mick le hizo una pregunta hoy —gruñó Malone—, contéstela, señor Tayne.

—¿Y si no quiero?

Sobrevino un instante de silencio. Vagamente. Tayne se dio cuenta de que un coche desfilaba lentamente junto a la acera, frente a la casa. Pero su atención estaba centrada en la mano derecha de Malone, quien parecía ir a sacar algo del bolsillo de su chaqueta.

Por instinto. Tayne dio un paso lateral y hacia atrás. En el mismo momento, brilló un relámpago y se oyó un seco estampido.

El coche entrevisto aceleró rápidamente. Los ojos de Malone se desorbitaron, a la vez que su cuerpo se estremecía con violencia.

Tayne presintió que el sujeto iba a caer y, reaccionando velozmente, de un modo que ni él mismo creyó sería capaz, agarró a Malone por los codos y lo lanzó a los brazos de Elthoon.

El sujeto, estupefacto, no pudo hacer otra cosa que recoger a su compinche, que ya caía al suelo. Tayne se coló en la casa de un salto, cerró rápidamente con llave y luego, con movimientos muy rápidos, se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la chaqueta. El disparo no parecía haber alarmado a la vecindad. Tayne supuso que muchos habrían pensado se trataba de la falsa explosión de algún motor. No obstante, se preparó para lo peor y, acomodándose en un butacón, cogió un libro y simuló abstenerse en su lectura.

La calle había vuelto al silencio. Pasados algunos minutos, se levantó y miró a través de una de las ventanas.

Elthoon y Malone habían desaparecido.

—¿Habrà muerto? —se preguntó.

Pero, de repente, se sintió muy incómodo.

Recordaba su gesto al ver que Malone se disponía a atacarle. Un paso lateral y hacia atrás, colocándose sin embargo frente al sujeto, lo que había hecho que éste recibiese un balazo posiblemente no destinado a él.

—¿Quién diablos quiere matarme? —se preguntó, terrible mente aprensivo.

En el antedespacho, al día siguiente, le recibió una algo madura, pero atractiva secretaria, quien le informó que Arthur Sallishaw continuaba fuera de la ciudad.

Tayne no pudo evitar un gesto de contrariedad. La secretaria le miró con cierto interés. —¿Tenía importancia para usted hablar con el señor Sallishaw?— preguntó.

—Bastante —respondió el joven—. Pero no tendré otro remedio que resignarme a esperar su regreso.

—Bueno, si tanto interés tiene... ¿Por qué no va a verle a Red Rocks Hills?

Tayne arqueó las cejas.

—¿Qué es eso? —quiso saber.

—Un campamento para muchachos. El señor Sallishaw es su monitor de alpinismo.

Tayne se quedó con la boca abierta.

—¡Alpinismo! —resopló.

La secretaria se echó a reír.

—Debiera conocer usted mejor al señor Sallishaw —dijo—. Ha tenido una vida muy activa e interesante, pese a su juventud.

—No lo sabía... —Tayne sonrió y se inclinó sobre la mesa tras la cual se hallaba sentada la secretaria—. ¿Por qué no me lo cuenta usted, señorita...?

Ella consultó su reloj.

—Ahora me es imposible, tengo mucho —trabajo. Pero aceptaré con mucho gusto una invitación a almorzar. Y me llamo Kitty Harrison y no soy... señorita.

—¿Casada?

Kitty hizo un gesto ambiguo.

—No se preocupe de minucias —rió.

A mediodía se reunieron en un restaurante cercano a la oficina de Sallishaw. Después de encargar el menú. Kitty empezó a hablar:

—El señor Sallishaw fue siempre muy aficionado a los deportes de montaña; es un notable esquiador, fue una vez campeón aficionado de *bobsleigh* a cuatro y, como ya he dicho, enamorado del alpinismo. Por si fuese poco es, además, oficial de la Reserva

Naval y prestó servicios como tercer oficial en un submarino nuclear.

—¡Atiza! —exclamó Tayne sin poder contenerse—. ¡Ese hombre lo hace todo!

—Ah, olvidaba también que consiguió noventa y ocho metros en salto de trampolín de nieve. Tenís en ocasiones y... un notable ingeniero, como supongo no ignora.

—¡Qué tío! Oiga, ¿no es también un conquistador de mujeres?

Kitty se echó a reír.

—No se le dan mal, en efecto —respondió.

—¿Lo dice por... experiencia?

—Propia, no; el señor Sallishaw se porta siempre muy comedidamente conmigo. En una palabra, no quiere líos con ciertas empleadas.

—Una táctica muy sana —convino Tayne—. Y dice que está en...

—Red Rock Hills, un campamento para muchachos, del que él es monitor emérito.

—O sea, lo hace por afición y para enseñar a los chicos a subir a las montañas. —Exactamente— convino Kitty. —Está a sesenta millas, de modo que puede llegar fácilmente en el mismo día. Y si tiene en cuenta que no vendrá hasta el lunes próximo y que todavía estamos a jueves...

—Habrá que ir a Red Rocks Hills —suspiró Tayne—. ¿Cuál es la mejor ruta, señora Harrison?

Kitty le dirigió una mirada penetrante.

—Hoy no va a viajar al campamento —dijo.

—No, ya es un poco tarde...

—Tengo un mapa, pero está en mi casa.

Tayne fijó la vista en el atractivo rostro de la secretaria.

—Dígame su dirección. Kitty.

Ella escribió algunas palabras en una servilleta de papel y se la pasó al joven. Tayne hizo un gesto afirmativo y se la guardó en un bolsillo.

—Llevaré una botella de champaña y una lata de caviar —sonrió.

CAPÍTULO IV

Después de separarse de Kitty Harrison, telefoneó a Mabel.

—Sé dónde está Sallishaw y mañana pienso ir a verle —dijo.

La muchacha pareció sorprenderse de la declaración de Tayne.

—¿Tan interesante lo juzga. Chester?

—Mucho —contestó él—. Usted hizo unos cálculos prácticamente correctos, pero luego alguien los presentó, falsificados aunque bajo la apariencia de absoluta exactitud, a Williamsburg. Sus originales han desaparecido de los archivos de la oficina de Sallishaw.

¿No le parece que son motivos más que suficientes para intentar hablar con él?

—De acuerdo —admitió Mabel—. ¿Está muy lejos?

—A unas sesenta millas... Pienso salir muy temprano.

—Oiga, ¿por qué no me permite que le acompañe?

—¿Quiere venir conmigo? —se sorprendió Tayne.

—Bueno, soy parte interesada... y perjudicada en este asunto. Me gustaría oír en persona los argumentos de Sallishaw.

—De acuerdo, no hay objeción. ¿Le parece bien las siete de la mañana?

—Conforme. Chester.

—Ah, una advertencia: lleve ropa de abrigo. El tiempo no es muy bueno y nos dirigimos a una zona de montaña. No habrá nevado todavía, pero hará bastante frío.

—Muy bien, lo tendré en cuenta... Oiga, ¿cómo ha sabido usted dónde encontrar a Sallishaw?

—Usted no me ve, pero le estoy guiñando un ojo. Mabel.

—¿Qué quiere decir eso. Chester? —preguntó ella, extrañada.

—Simplemente, prefiero callar mi fuente de informes.

—Oh... Disculpeme. Chester. Bien, entonces, hasta mañana.

—Seré puntual —aseguró Tayne.

Había telefonado desde una cabina pública y, al salir, vio en las inmediaciones una cara conocida. Mick Elthoon estaba en pie, junto a su coche, simulando indiferencia, pero el joven no se dejó engañar por su aspecto inofensivo.

«Ahora me seguirá y...», pensó.

De repente, se le ocurrió una idea.

Sin pensárselo dos veces, caminó rectamente hacia Elthoon y le tocó en un hombro.

—¿Mick?

El sujeto dio un respingo.

—Oiga, yo...

Impasible. Tayne señaló el coche.

—Esta vez ha venido solo —dijo—. ¿Por qué no damos un paseíto y, mientras tanto, usted me cuenta algunas cosas que yo ignoro y deseo conocer?

Tayne hablaba con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Elthoon captó el detalle y asintió con gesto resignado.

—O.K. Suba —accedió finalmente.

—Está bien —dijo Elthoon algunos minutos después—. Dude y yo éramos socios en nuestra agencia de investigaciones. Alguien nos encargó le hiciéramos a usted algunas preguntas, pero no intente saber quién es, porque me acogeré al secreto profesional. —Por lo visto, querían hacer algo más que formular unas preguntas— dijo Tayne críticamente.

Elthoon hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, a veces hay que impresionar un poco a la gente...

—Y conviene amedrentar a los reacios.

—Nunca golpeamos a nadie, pero el truco suele tener éxito. De todos modos, si el otro se muestra reacio, nos retiramos sin insistir. No entraba en nuestros métodos golpear a la gente para obtener informes.

—Malone parecía hacerlo muy en serio —objetó Tayne.

—Era sólo apariencia, se lo aseguro.

—Entonces, debo suponer que más bien vigilaban a la señorita Garden que a mí.

—A ella, en un principio; a los dos, después.

—Pero ¿no les dio su cliente ninguna explicación de los motivos

por los que quería saber de qué habíamos hablado Mabel y yo?

Elthoon meneó la cabeza.

—Sólo quería conocer todos los pasos que daba la chica y, naturalmente, saber con quiénes se relacionaba y de qué habían hablado, si era posible.

—La señorita Garden puede conocer a mucha gente...

—Nuestro cliente nos indicó solamente relaciones profesionales, no de amistad. Usted es ingeniero, ¿no?

En la mente de Tayne resonó una especie de timbre de alarma.

«Sí, todo esto tiene relación con el asesinato de Williamsburg», pensó.

—Conforme —dijo—. ¿Ha hablado usted ya con su cliente?

—Está fuera de la ciudad —declaró Elthoon.

—¿Se llama Sallishaw? —preguntó el joven, obedeciendo a una súbita inspiración—. ¡Oh no, en absoluto! Se llama... —Elthoon se mordió los labios súbitamente—. Lo siento, ya dije que no puedo darle su nombre.

—De acuerdo —rezongó Tayne—. Pero ahora, su socio está muerto... ¿Qué ha hecho del cadáver. Mick?

—Fue muy desagradable, pero creo que a él no le habría importado —contestó el investigador—. Lo dejé en la puerta de la casa del que había ordenado su asesinato.

Tayne dio un bote en su asiento.

—Entonces..., ¿conoce al asesino?

Los labios del sujeto se contrajeron.

—A él no lo vi en persona, pero reconocí su coche. Sin embargo, me extraña que Mosty Beggan esté mezclado en este asunto.

—¿Quién es Beggan. Mick?

—Tiene una oficina legal de apuestas, pero hace cosas mucho peores.

—Por ejemplo, asesinar a la gente...

—El no lo ejecuta personalmente. Dispone de pistoleros a sueldo. El que mató a Malone se llama Horro Stein.

—Una cosa más —dijo Tayne—. ¿Por qué Beggan intentó matarme «a mí»?

—¿Cómo? Fue Malone el que murió...

—Porque se interpuso en el camino de la bala, pero Stein no disparó contra él, sino contra mí.

Elthoon movió la cabeza varias veces.

—Puede que tenga razón, pero, en todo caso, no se me ocurre la menor idea sobre el particular —respondió al cabo—. Malone era un buen chico y un socio de confianza. Alguien lo pagará —agregó rabiosamente.

—Lo deseo de todo corazón —dijo el joven—. Mick, antes ha dicho que dejó el cadáver en la puerta de la casa de...

—Llevé a Dude en brazos hasta el coche, como si estuviera enfermo. Luego fui a la trasera del edificio donde Beggan tiene su oficina, lo dejé apoyado contra la puerta posterior, en el callejón, y después, a buena distancia, claro, llamé a la policía.

—Con lo que Beggan se habrá visto metido en un buen lío.

—Ya habrá salido de él —suspiró Elthoon.

—Sí, me lo imagino. Esa clase de tipos son siempre muy escurridizos. Bueno. Mick, volvamos al sitio donde nos encontramos. Tengo allí mi coche y debo regresar a casa.

—Sí, señor, lo que usted ordene —contestó el sujeto con insólita mansedumbre. Mientras desandaban lo andado. Tayne pensó que le convendría tener a Elthoon como aliado. Siempre que hubiese hablado con sinceridad, se dijo.

—Déjeme su dirección y teléfono —pidió al despedirse.

Elthoon le entregó una tarjeta de visita. Después de separarse. Tayne empezó a pensar en otras cosas más agradables.

A las siete y media en punto, llamaba a la puerta de un apartamento. Iba cargado con una botella de champaña, una lata de caviar, una caja de bombones y un gran ramo de flores. Kitty Harrison abrió y se mostró primeramente sorprendida de verle tan cargado. Luego sonrió.

Tayne sonrió también. Kitty tenía el pelo suelto y sujeto al mismo una gran rosa roja, sobre la oreja izquierda. Llevaba una bata muy transparente, abierta en espectacular escote hasta la cintura y, por la abertura inferior, asomaba una rodilla cubierta de seda negra.

—Pon el frigorífico al máximo de frío, para que el champaña esté en su punto... porque yo estoy ardiendo —dijo Tayne.

—Habrá que apagar ese fuego —murmuró Kitty con prometedora sonrisa.

—Cuanto antes, mejor —pidió él.

Arrebujada en un chaquetón de cuero, con cuello de piel, gorro y pantalones de recia tela, con botas de media caña. Mabel se metió de un salto en el coche, a las siete de la mañana. Tayne arrancó de inmediato.

—Tienes ojeras —dijo ella—. ¿Has pasado mala noche?

Tayne contuvo una sonrisa.

—Tuve algo de trabajo y, además, preocupaciones —mintió en parte.

Sí, se dijo, las preocupaciones habían vuelto a invadir su ánimo, tras la separación de la ardiente Kitty Harrison, apenas una hora antes. Pero, claro, no le podía contar toda la verdad de lo sucedido durante la noche.

—Cuéntame, por favor —solicitó Mabel.

Tayne habló durante buen rato. Cuando terminó. Mabel se sentía admirada y consternada al mismo tiempo.

—De modo que todo esto tiene relación con la muerte de Williamsburg —exclamó.

—Para mí, no hay duda alguna. La duda, mejor dicho, la ignorancia, subsiste en los motivos de ese crimen.

—Un crimen perfecto, diría yo. Estaba encerrado por dentro en la sala, nadie vio al asesino, nadie oyó el disparo... El arma del crimen no ha aparecido ni tampoco se han encontrado huellas del asesino... ¿No opinas tú lo mismo?

—Mabel, la forma en que se cometió ese asesinato es, para mí, menos importante que los motivos —insistió él.

—Conforme, pero en este caso y al revés de lo que suele decirse, si supiéramos cómo se ejecutó el asesinato, encontraríamos al asesino y conoceríamos sus motivos, ¿no te parece?

—Puede que tengas razón —repuso Tayne, impresionado por los argumentos de la muchacha—. De todos modos, es muy posible que Sallishaw sepa decirnos algo sobre el particular.

—¿Lo crees así?

—¿Quién hizo desaparecer tus informes de los archivos? ¿Quién presentó a Williamsburg un informe deliberadamente equivocado, lo que fue causa de la discusión que sostuvimos y que me ha convertido en sospechoso de su muerte?

—¿Y si no da respuesta a tus preguntas?

—Al menos, dirá algo que nos permita sacar conclusiones. O

hacer deducciones.

Mabel.

—Pudiera ser —convino ella con aire meditabundo—. De modo que Sallishaw es...

—Un gran alpinista, un magnífico esquiador, batió una vez el «récord» de salto en trampolín de nieve, campeón aficionado de «bob» a cuatro, excelente tenista, ingeniero, teniente de navío de la Reserva, tercer oficial en un submarino nuclear...

—¡Ese hombre lo hace todo! —exclamó Mabel, pasmada.

—Y no echas en saco roto sus dotes de conquistador.

—¡Jesús, qué tipo! Además, enseña alpinismo gratuita mente a unos chicos aficionados a ese deporte. ¿Nada más. Chester?

—A lo mejor está escribiendo una novela y al año que viene le dan el Premio Nobel de Literatura —rió Tayne—. No, no conozco más virtudes de Sallishaw.

—Pues no es poco —dijo la joven—. Sin embargo, es posible que no consigamos gran cosa. Sallishaw tiene bastantes empleados en su oficina y tal vez fue alguno de ellos quien cambió los informes y luego hizo desaparecer el mío.

—Pero es seguro que conocerá bien a sus empleados y podrá señalarnos al sospechoso, ¿no crees?

—Eso sí es verdad —convino Mabel—. Dices que Red Rocks Hill está a sesenta millas... —Ya hemos recorrido quince y quedan cuarenta y cinco, lo que suponen algo más de sesenta minutos de viaje.

Mabel se arrellanó en su asiento.

—Entonces, me dedicaré a contemplar el paisaje —manifestó alegremente.

CAPÍTULO V

La carretera ascendía continuamente, en largas y serpenteantes curvas, a través de espesos bosques de coníferas, lo que componía un paisaje de singular belleza. En ocasiones se divisaba una cascada de blancas aguas, la que formaba después un arroyo que más tarde iba a perderse en el lejano valle, apenas entrevisto desde las alturas. Mabel se sentía llena de admiración.

—¿Qué me ha pasado? —exclamó de pronto—. ¿Por qué no he venido nunca aquí, si está tan cerca de la ciudad?

—Lo mismo me sucede a mí —dijo Tayne—. Pero creo que hemos estado demasiado ocupados en abrírnos paso en esta vida, para reparar en las bellezas de la naturaleza.

—Lo cual no se puede decir de Sallishaw precisamente. El sí es un enamorado de la naturaleza, a juzgar por lo que te han contado.

Tayne no respondió. Ella, intrigada, se volvió para mirar le y le vio con los ojos fijos en el espejo retrovisor.

—¿Sucedre algo. Chester? —preguntó.

—Un coche... Creo que nos sigue —dijo el joven.

Mabel giró en su asiento. El automóvil estaba ahora en una curva y no pudo ver nada, pero, al salir, divisó el otro a unos sesenta o setenta metros de distancia.

—Tal vez es otro deportista que se dirige a Red Rock Hills, para disfrutar del fin de semana —apuntó.

—En tal caso, ¿por qué no nos ha adelantado? Un deportista que venga por aquí habitualmente, conocerá bien la ruta y podrá correr mucho más que nosotros. Y ese tipo que tenemos a la zaga no lo ha hecho.

Mabel consultó el indicador de velocidad y vio que iban solamente a unos cincuenta kilómetros por hora, velocidad, incluso, de excesiva prudencia. Pero Tayne no conocía la ruta y era lógico que no quisiera correr riesgos innecesarios, máxime cuando

disponían de todo el tiempo necesario.

El coche entró de pronto en un tramo llano y recto, que parecía una gran avenida entre árboles de gran frondosidad. Tayne pensó en acelerar, para despegarse del supuesto perseguidor, pero, de repente, éste aceleró para situarse a su altura.

—¡Ahí vienen! —gritó Mabel.

Tayne vaciló un instante, a la vez que se echaba a la derecha, para facilitar al otro la maniobra de adelantamiento. Tal vez eran sólo suposiciones infundadas las concebidas sobre las intenciones del otro conductor.

Pero, de repente, ella vio algo que le hizo lanzar un chillido de terror:

—¡Chester, hay un hombre asomado a la ventanilla, con una pistola en las manos!

Tayne no se entretuvo en mirar atrás, sino que pisó el acelerador a fondo, dejando momentáneamente rezagado al otro coche. Sin embargo, el conductor se rehízo de inmediato y aumentó asimismo la velocidad.

—¡Nos gana terreno. Chester! —advirtió Mabel, con una nota de pánico en la voz.

Las mandíbulas del joven estaban muy prietas. Ya se acercaba el final del tramo recto, en una curva relativamente pronunciada, despejada de árboles a la izquierda, debido a que daba a un espantoso precipicio de paredes casi verticales.

La curva, sin embargo, estaba protegida por una valla metálica. Tayne se preguntó si sería conveniente aminorar la velocidad.

Repentinamente, ocurrió algo inesperado.

Un coche surgió de un camino lateral, oculto entre los árboles y, pasando raudamente por detrás del que conducía Tayne, amenazó con chocar contra el otro. El conductor del vehículo perseguidor, al ver la inminencia del peligro, reaccionó de forma instintiva y golpeó el volante hacia su izquierda.

Inmediatamente, se dio cuenta del error cometido, pero era ya tarde para corregirlo. Tayne y Mabel oyeron agudos chirridos de frenos y neumáticos que se quemaban contra el pavimento, pero el joven no pudo ver nada, atento a dominar el coche que ya entraba en la curva.

Mabel, en cambio, lo vio todo. El tercer automóvil se había

detenido, después de un par de coletazos. El perseguidor, lanzado a más de ciento veinte a la hora, chocó contra la valla de protección, haciéndola saltar en pedazos.

Luego voló por los aires.

Una portezuela se desprendió y cayó como hoja revoloteante desprendida de una rama. Un bulto humano salió del coche y descendió, con frenéticos movimientos de brazos, que remendaban trágicamente los aleteos de un gran pájaro.

Tayne frenó gradualmente. Hasta sus oídos llegó el espantoso trueno producido por el choque del automóvil contra el fondo del precipicio, a más de ochenta metros de profundidad. Cuando el coche se hubo detenido, saltó fuera y corrió hacia la curva.

Mabel le siguió en el acto. Al llegar al punto donde había saltado la valla, vieron a un hombre que se les acercaba, caminando sin excesivas prisas.

Mick Elthoon agitó una mano.

—¡Hola! —saludó desenfadadamente.

Tayne se sentía atónito.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. Mick, ¿qué hace por estos parajes?

Elthoon no contestó de momento. Asomándose al precipicio, dirigió la mirada hacia abajo. Luego hizo un gesto de burla, con la mano izquierda en el hueco del brazo derecho y la otra agitándose significativamente.

—Ya has pagado tu deuda. Horro Stein —dijo.

Tayne continuaba sin salir de su asombro.

—Mick, ¿querrá explicarse...?

El sujeto se volvió.

—Le seguí esta mañana, cuando salió de su casa —explicó—. A los pocos minutos, me di cuenta de que Stein también le seguía. No tardé en saber la dirección que tomaban, así que me dispuse a adelantar a Stein. Conozco bien esta zona; he seguido infinidad de veces a maridos infieles, esposas casquivanas... y hasta a tipos que engañaban a su «chico» con otro «chico», ustedes ya me entienden.

—Comprendo —dijo Tayne—. Siga, por favor. Mick.

—Bueno, me figuré que Stein querría empezar el jaleo precisamente en este tramo, así que me situé convenientemente. El resto ya lo saben ustedes dos.

—Yo vi a Stein con una pistola —intervino Mabel.

—Sí, lo mismo que hace dos noches, cuando murió mi socio. Stein tenía una puntería magnífica, pero no podía encargarse de conducir el coche, si quería conseguir un blanco. De eso se encargaba su «piloto». Jack Fattino. Ahora los dos están en el infierno y Malone se sentirá vengado.

Tayne se volvió hacia la muchacha.

—Mabel, tenemos que darle las gracias a este buen amigo —dijo.

Elthoon hizo un movimiento con la mano.

—Ya he «cobrado», liquidando a dos cerdos —declaró.

—No parece que nadie se haya dado cuenta del accidente —dijo Tayne.

—Estamos en un lugar muy solitario, aunque no tardará mucho en pasar alguna patrulla de tráfico. Ustedes sigan sin cuidado; yo me encargaré de lo que haya que decir a la policía. Tengo marcas en mi coche y no podría ocultarlo, pero el suyo está intacto.

—Quizá se vea metido en problemas —apuntó Mabel.

—No lo creo. Cuando encuentren pistolas e identifiquen a los tipos, puede que hasta me den las gracias —rió Elthoon—. Jack Fattino era un loco conduciendo y, claro, tenía que acabar así —añadió significativamente.

Tayne hizo un gesto de asentimiento y agarró a la muchacha por un brazo.

—Continuemos. Mabel. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco nerviosa, pero ya se me pasará —respondió ella.

—Sí, cosas como ésta alteran los nervios del más flemático —convino Tayne. De pronto pareció recordar algo y se volvió hacia Elthoon—. Mick, ¿qué se puede hacer para hablar con Mosty Beggan?

—Ya le llamaré yo a usted a la noche —contestó el sujeto.

—¿Quién es ese Beggan? —preguntó Mabel, cuando ya se acomodaba en el asiento del coche.

—El hombre que, presumiblemente, pagó a Horro Stein para que me liquidase. Pero no tengo nada contra él ni él contra mí, ni nos hemos visto ni oído hablar jamás el uno del otro, lo que me hace suponer que fue un tercero el que le encargó de mi asesinato.

—¿Crees que te lo dirá?

—Lo sabré cuando me entrevistaste con él —fue la respuesta del joven, ya con el automóvil en marcha.

El campamento decepcionó un tanto a Tayne. Había esperado encontrarse con elevadas montañas, de riscos muy escarpados, y lo que había allí, en realidad, era una fila de bajas colinas, aunque algunas de ellas tenían formas muy peculiares, con la roca desnuda, a consecuencia de la erosión. No obstante, en algunos puntos, la altura de las colinas alcanzaba el centenar de metros, si bien era preciso tener también en cuenta la diferencia de nivel existente desde aquel punto hasta el valle.

Frente a las colinas había una extensa explanada, bordeada de tiendas de campaña, aunque también se veían un par de cabañas, destinadas sin duda a servicios sanitarios y tienda de suministros varios. Un grupo de muchachos, de no mayores de quince años, ensayaban una serie de movimientos gimnásticos.

Un poco más allá, otros se entrenaban en la preparación de los elementos propios de la escalada. En una de las escarpas, media docena de chicos seguían atentamente las explicaciones de un monitor, todos ellos dispuestos a trepar a la cumbre de aquella diminuta montaña.

—Bueno, en realidad es un lugar donde los chicos aficionados al alpinismo pueden entrenarse para empresas mayores el día de mañana —dijo Tayne, después de observar el lugar.

—Y hacen vida sana, al aire libre, lejos del «smog» de la ciudad —repuso Mabel—. Pero ¿dónde está Sallishaw?

—Andará ocupado por ahí. Posiblemente, tendremos que esperar mucho tiempo para poder conversar con él. De todos modos, allí veo un rótulo que dice «Información» y...

Estaba en una de las cabañas y una eficiente empleada les informó que Sallishaw había salido de prácticas con un grupo de alumnos y que no regresaría hasta la hora del almuerzo. Tayne miró su reloj instintivamente.

—Faltan más de dos horas —suspiró—. Resignémonos a esperar. Mabel.

—Hay lugares muy bonitos y podrían hacer fotografías —sugirió la empleada.

—No hemos traído cámara —alegó el joven.

—Puedo venderles una, con la película que quieran. A media

milla, hacia el sur, hay una cascada preciosa. Todos van allí a retratarse...

Tayne hizo la compra y luego tiró varias placas de Mabel, en distintos puntos y diferentes posturas. Paseando por aquellos parajes, el tiempo transcurrió con más rapidez de la esperada y, al fin, hacia el mediodía, emprendieron el regreso al campamento.

Un chico les señaló la tienda donde se alojaba Sallishaw. Tayne y Mabel se encaminaron hacia allí y el joven llamó desde la entrada, cubierta por la lona.

—Señor Sallishaw...

—¿Quién es? —Sonó una voz en el interior.

—Chester Tayne y Mabel Garden. Queremos hablar con usted.

Hubo un instante de silencio. Luego, la lona se apartó a un lado y un hombre apareció, secándose las manos con una toalla.

Era bastante alto y robusto, de aspecto muy sano, con la cara tostada, pero ya tenía algunas canas en las sienes, lo que, sin embargo, le prestaba un notable atractivo. Tayne comprendió los calificativos de Kitty Harrison sobre las dotes de conquistador de Sallishaw.

—¿Cómo está, señorita Garden? —saludó el sujeto con cortesía—. A usted no tenía el gusto de conocerle, señor Tayne, aunque debo admitir que he oído su nombre en más de una ocasión.

—Muchas gracias. Desearíamos tener una conversación con usted, pero no nos parece discreto este lugar...

—¿Qué tiene de malo? —dijo Sallishaw, sorprendido.

—Será mejor que entremos en su alojamiento —propuso el joven.

Sallishaw se encogió de hombros. Apartó la lona para que pasaran los visitantes y luego entró él.

—Un mobiliario espartano —dijo, moviendo la mano en semicírculo—. Un catre de campaña, una silla de tijera y una mesita plegable. No puedo ofrecerles más y el alcohol es algo absolutamente prohibido en el campamento. Pero si quieren un poco de agua...

—No tenemos sed —repuso Tayne—. ¿Le importa que nos sentemos en el catre?

—Claro. Adelante. Y empiece pronto. —Sallishaw consultó su reloj—. Dentro de una hora tengo una clase teórica y todavía tengo

que almorzar.

—Muy bien —dijo el joven—. Empecemos por el asunto principal: el asesinato de Williamsburg.

Las cejas de Sallishaw se alzaron instantáneamente.

—Era el tema que menos esperaba fuésemos a tratar —respondió—. Yo pensé que hablaríamos de asuntos técnicos...

—La muerte de Williamsburg tiene mucho que ver con ciertos asuntos técnicos —dijo Tayne sin pestañear—. Al menos, ésa es mi opinión. Y yo soy uno de los sospechosos del crimen, puesto que la víspera de su muerte discutí con él violentamente y le dije cosas que no creo hubiera escuchado de otra persona hasta entonces.

—Bueno, si usted es sospechoso de ese asesinato, el problema es suyo. Pero no entiendo qué tengo que ver yo...

Tayne se volvió hacia la muchacha.

—Explícale. Mabel.

—Sí —dijo ella—. Señor Sallishaw, yo presenté un informe a Williamsburg y decidió aceptar mis recomendaciones. Luego me he enterado de que estaba plagado de errores, cosa incierta, porque tenía el borrador y no aparecen tales errores. Al buscar la copia del informe en los archivos de su oficina, me he dado cuenta de que ha desaparecido.

—¿Está segura? —preguntó Sallishaw, vivamente sorprendido—. Tenía entendido de que los archivos de mi oficina gozan de una razonable seguridad.

—Alguien se ha encargado de desmentir esa confianza en la seguridad de sus archivos —dijo la muchacha.

—Bien, pero, a pesar de todo, yo no creo que este asunto tenga relación con la muerte de Williamsburg. ¿Qué les hace pensar a ustedes todo lo contrario?

—¿Por qué rechazó Williamsburg mi informe y aceptó, en cambio, el de la señorita Garden? —preguntó Tayne.

—Si ella lo hace mejor que usted... —dijo Sallishaw con sorna.

—No discutiría jamás el dictamen de un experto mejor que yo —contestó Tayne—. Pero el informe que él tenía estaba deliberadamente equivocado y de ahí sobrevino la discusión que hubo entre nosotros dos. ¿Quién redactó un informe falsificado? ¿Dónde está el verdadero original, cuyos errores son mínimos y no alteran en absoluto la sustancia del informe?

Williamsburg se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, pero les prometo investigar muy seriamente, el lunes, cuando regrese a la ciudad. Ustedes ya saben que soy monitor emérito de alpinismo en este campamento y no puedo abandonar mi puesto tan fácilmente. Pero, de todos modos, ¿por qué no hablan con Calvin Berry? —¿Quién es ese tipo?— preguntó el joven.

Sallishaw se volvió hacia la muchacha.

—Usted debe de conocerlo, supongo —dijo.

Ella hizo un gesto negativo.

—Olvida que yo trabajaba de forma eventual, no sujeta a un horario fijo. Cuando redactaba un informe, lo entregaba a su secretaria. Ella me llamaba más tarde para decirme si había sido aceptado o me lo devolvían para correcciones. Y también para advertirme de que me remitían los honorarios, una vez admitido el trabajo.

—Berry es el encargado de un primer repaso de informes semejantes y también de los archivos de mi oficina —declaró Sallishaw—. Vayan a verle; creo que él podrá darles noticias de algo que estimo sumamente extraño.

Tayne se puso en pie.

—Le damos las gracias por su amabilidad, señor Sallishaw.

El hombre hizo un gesto de benevolencia.

—Ha sido un placer —contestó.

CAPÍTULO VI

Mabel se acomodó en el asiento y estiró las piernas.

—¿Hemos perdido el tiempo. Chester? —preguntó, cuando el vehículo ya se ponía en marcha.

—Bueno, hemos pasado un día agradable, con emociones variadas, persecuciones, accidentes espectaculares, paseos por la montaña, fotografías... y unos minutos de conversación de la que no hemos obtenido gran cosa.

—Salvo el nombre de una persona.

—Que no sabrá nada, por supuesto.

—¿No te sientes optimista?

—Sallishaw ignoraba la desaparición de tu informe. Posiblemente, Berry lo desconozca también, pese a ser el encargado del archivo.

—Entonces, no piensas ir a verle...

—Estamos a viernes y es fin de semana. No creo que encontremos a Berry en su casa, de modo que será preciso aguardar hasta el lunes. Pero si él lo hubiera sabido, se lo habría dicho a Sallishaw y no ha sido así.

—Encuentro extraño que Berry no sepa nada. Si se cuidaba del archivo, él tenía que saber a la fuerza...

—Mabel, ¿quién te dijo que tu informe había desaparecido?

—La secretaria de Sallishaw, naturalmente.

—¿Kitty Harrison? —se sorprendió él.

—No, la señora Harrison es una especie de recepcionista distinguida. Laura Walters es la secretaria personal de Sallishaw y fue ella quien me lo dijo. A veces, cuando Laura tiene que hacer algo importante. Kitty la sustituye, pero sólo eventualmente y nunca por mucho tiempo.

Tayne emitió un profundo suspiro.

—Está bien, hablaremos con los dos: Berry y la señorita Walters.

—Es una mujer muy guapa, pero, sospecho, también ambiciosa.

—La conoces bien, ¿eh?

—He hablado con ella en algunas ocasiones. Con un mínimo de psicología se llega a conocer algunos detalles del carácter de las personas.

—¿Qué ambiciona la señorita Walters?

—Simplemente convertirse en la señora Sallishaw. Y, más todavía, diría yo: llegar a ser la dueña de esa oficina de proyectos y dirigirle a su gusto.

—Será entendida en la materia, supongo.

—Ignoro qué estudios posee, pero se nota que está enterada del tema. Además, puede rodearse de buenos asesores...

Tayne se echó a reír.

—Ya veo el nuevo rótulo en la oficina:

«Walters & Sallishaw.

Proyectos y Presupuestos». ¿No lo crees así?

—Si Laura consigue lo que desea, no te quepa ninguna duda: ése será el nombre de la sociedad.

—Lo cual viene a decir que Sallishaw es un sujeto de más apariencia que carácter.

—Eso mismo pienso yo —concordó Mabel—. Sallishaw es muy aficionado a las faldas, pero ella sabría retenerle, tanto con sus encantos, como con su genio. Mano de hierro en guante de terciopelo... pero se quitaría el guante cuando fuese necesario. —Compadezcamos a Sallishaw— rió el joven. —Es de suponer que Laura Walters esté también fuera, por el fin de semana. De modo que no me quedará otro remedio que intentar hablar con Beggan.

—¿El apostador?

—Sí, el mismo. No sé cómo lo haré, porque carezco de experiencia alguna en estos asuntos, pero creo que Mick Elthoon sabrá darme buenos consejos sobre el particular.

—Un extraño individuo, ¿no te parece? —comentó Mabel.

Tayne se sentía un tanto filósofo al responder:

—En este mundo nunca faltan tipos extraños.

Poco más tarde, pasaban por el lugar donde habían intentado atacarles. Había varios coches de la policía, una ambulancia y una grúa. Un agente dirigía el tráfico y les hizo señas para que pasaran a poca velocidad, lo que Tayne obedeció puntualmente.

Unos metros más adelante, divisaron a Elthoon hablando con otro agente, quien tomaba notas en un cuaderno. Tayne supuso que Elthoon estaba declarando sobre lo ocurrido. El detective no les concedió una mirada siquiera, lo que Tayne agradeció «in mente». Nadie podría relacionarles con lo ocurrido, cosa que le produjo un notable alivio.

Sin padecer otros inconvenientes, regresaron a la ciudad.

Elthoon le llamó horas más tarde, ya de noche.

—No hay problemas, señor Tayne —declaró.

—¿Cómo ha ido la cosa. Mick? —preguntó el joven.

—Bien. Avisé a la policía y declaré que el conductor manejaba disparatadamente. Por las huellas que tengo en la aleta izquierda de mi coche, dedujeron que quiso adelantarme incorrectamente y se salió de la carretera. No ha habido objeciones a mi declaración.

—Usted ni siquiera nos ha mencionado.

—¿Para qué? —rió el detective—. Además, han encontrado pistolas en el coche accidentado. Una de ellas resultaría ser la que disparó el proyectil que mató a Malone.

Harán indagaciones, pero no en un sentido que nos afecte de forma directa.

—A usted le preguntarán...

—Malone habría dicho lo mismo. Declararé que nos habíamos separado y que Malone tenía sus asuntos privados, como todo el mundo. Nada más, créame.

—Bien. Mick, de acuerdo. Pero ahora necesito ver a Beggan, usted lo sabe. ¿Qué puede decirme sobre el particular?

—Señor Tayne —contestó el investigador—, si usted quisiera hacer solamente una apuesta, no me molestaría en darle ningún consejo. Entiendo tanto de caballos como de peces. Los primeros tienen cuatro patas y los peces viven en el agua, es todo lo que sé, ¿comprende?

Tayne hizo un gesto de resignación. A veces. Elthoon resultaba un poco parlanchín, pero estimaba que su ayuda podía resultarle muy valiosa.

—En cambio, entiende de tipos como Beggan —dijo, halagador.

—De eso, un poco, desde luego. —Elthoon volvió a reír—. Mire, si quiere hablar con Beggan, y eso es algo que yo también deseo, le diré qué debe hacer. Venga a buscarme al

Kelso's,

a las nueve en punto. Está en la calle Dieciocho, ¿sabe?

—He pasado alguna vez por delante de ese bar...

—Venga a las nueve. Allí me tendrá, señor Tayne —se despidió el detective.

Tayne colgó el teléfono, sumamente pensativo. ¿Debía confiar en Elthoon? ¿Qué clase de hombre era Beggan, capaz de ordenar su asesinato por dos veces?

De repente, se sintió furioso contra Beggan. Además, le habían considerado sospechoso de un crimen. Y, posiblemente, todavía le tenían bajo sospecha.

—No faltaré —masculló entre dientes, mientras se disponía a cambiarse de indumentaria.

El

Kelso's

resultó ser un lugar más elegante de lo que había supuesto, aunque no era por cierto el bar de un hotel de cinco estrellas. Había camareras vestidas con muy poca ropa, pero con los senos cubiertos. Asimismo había dos chicas en la barra.

Elthoon estaba tomando una cerveza, sentado en un taburete, muy encandilado, al parecer, en los encantos de una morena de carnes exuberantes y sonrisa maliciosa. Discretamente. Tayne se sentó en un taburete a su lado y pidió un *whisky* a la otra *barmaid*.

El detective no pareció haber advertido su presencia en los primeros momentos y continuó en lo que era un descarado acoso de su interlocutor femenino. Al fin, la morena hizo algo que parecía un gesto de aquiescencia y, entonces. Elthoon se volvió hacia el joven.

—Todo arreglado. Chester —sonrió—. Permite que le llame así, supongo.

—No hay objeción. Mick —contestó el joven.

—Muy bien, entonces, vamos allá.

Tayne dejó un billete sobre el mostrador. Enormemente sorprendido, vio que Elthoon se dirigía hacia el interior del local, en lugar de ir a la salida, como parecía lógico. Pero siguió al detective, hasta que le vio detenerse ante una puerta situada en un discreto rincón y tocar en la madera con los nudillos.

—Mick, ¿qué demonios hay ahí? —preguntó Tayne, extrañado.

Elthoon se puso un dedo ante los labios.

—Pssst... No hable ahora; ya tendrá tiempo de saber...

Una mirilla se descorrió en la puerta. Tayne divisó un par de ojos que les miraban recelosamente.

—Nos envía Jimmy *el Mantecas* —dijo Elthoon.

—Muy bien —respondió el cancerbero.

Corrió la mirilla y abrió la puerta.

—Primer piso —indicó.

—Está bien.

Elthoon entró precediendo al joven, quien se preguntaba quién podría ser aquel Jimmy *el Mantecas*. Seguramente un tipo obeso, rebosante de grasa por todos los poros de su cuerpo...

El cuidador de la puerta se había sentado, junto a una mesita, con una revista pornográfica en las manos. Tayne comprendió que ya estaban lejos del alcance de su voz y murmuró:

—Mick, ¿quién es ese tal Jimmy...?

—No lo sé, pero para entrar por esta puerta, se precisa la recomendación de alguien de confianza. El Mantecas, por lo visto, lo es.

—Entonces, no lo conoce —dijo el joven, desconcertado.

—No. Me lo recomendó Binnie, la chica con la que estaba hablando. Es una buena amiga.

—Comprendo... Oiga, yo creía que la oficina de apuestas estaba en la calle Diecinueve... Hemos venido a la Dieciocho...

Elthoon soltó una risita maliciosa.

—El bar es también de Beggan, pero como negocio legal. El edificio le pertenece, ¿comprende?

—De calle a calle —exclamó Tayne, asombrado.

—Justamente.

—Pero, no entiendo... ¿Por qué ese misterio... las recomendaciones...?

—Es que ahora se hacen apuestas nada legales y se juega en un lugar no registrado por las autoridades.

—Eso explica muchas cosas —dijo el joven.

—Incluso, pero sólo hasta cierto punto, la muerte de mi socio —respondió Elthoon ceñudamente.

Un tipo les salió al paso en el rellano superior.

—¿Les envía el Mantecas? —inquirió.

Tayne dedujo que el vigilante de la entrada inferior debía haber comunicado su presencia por teléfono. El hombre que tenían frente a ellos era otro cuidador del orden. Había un bulto en el lado izquierdo de su chaqueta, claramente delator de su «profesión».

—El mismo, hermano —repuso Elthoon con todo desparpajo—. ¿Dónde está la «pastas»?

El hombre señaló con el pulgar una puerta situada a sus espaldas, de la que salían voces y rumores constantemente.

—Ahí, lo que gusten —dijo.

En alguna parte, sonó un timbre.

—Disculpen —murmuró el vigilante, a la vez que se marchaba hacia un pasillo que empezaba al final del rellano.

Había otro análogo en el lado izquierdo y Elthoon tiró del brazo del joven.

—Por aquí —susurró—. Vamos directo al despacho de Beggan.

A veces, Tayne creía soñar. No había estado jamás en semejantes ambientes y le parecía ser protagonista de una mala película de gangsters. Pero todo era real y no había exageración alguna en lo que le estaba sucediendo.

Él pasillo doblaba a la izquierda a pocos metros de la entrada. Al fondo había un sujeto sentado ante una puerta, con una revista barata en las manos, quien se levantó inmediatamente al verles llegar.

—¿Adónde van? —preguntó—. Por aquí no se puede pasar...

Elthoon se volvió hacia el joven.

—Dice que no se puede pasar. Chester —sonrió.

—¿Tendremos que marcharnos? —Temió Tayne.

El vigilante era un tipo menudo, de nariz prominente y nariz ganchuda. Elthoon le dio unas paternales palmaditas en la cabeza, a la vez que decía sarcásticamente:

—El nene tiene la lección bien aprendida. «No se puede pasar, no se puede...».

De súbito, disparó el puño y lo clavó en el estómago del sujeto, quien dobló instantáneamente sobre sí mismo, con el rostro deformado por el dolor. Antes de que acabase de reponerse. Elthoon le quitó un revólver, que lanzó a un rincón. Luego agarró al sujeto por debajo de los sobacos y lo levantó a pulso.

Había en la pared unos apliques metálicos, que sostenían unas

lámparas para el alumbrado del corredor. Elthoon levantó al sujeto lo necesario, para dejarlo colgado en uno de los apliques. Después, miró a Tayne maliciosamente.

—Tenemos el paso abierto —dijo.

—¿Seguro, Mick?

Elthoon levantó el pie derecho y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—Véalo usted mismo. Chester —exclamó, tras el atronador estallido de maderas que había sucedido a su devastador puntapié.

CAPÍTULO VII

Había dos hombres en el interior de la estancia, uno de ellos sentado tras una gran mesa de despacho y el otro en pie, junto a la misma. El primero aparentaba una mediana estatura y era recio y fornido. El segundo, alto, parecía prácticamente un esqueleto cubierto sólo con la piel. En los rostros de ambos había una gran expresión de sorpresa por algo que, adivinó Tayne, no habían esperado siquiera.

Elthoon entró y, agarrando una silla, la colocó contra la puerta, que había vuelto a cerrar, a fin de que nadie pudiera abrir sin esfuerzo. A continuación se acercó a la mesa:

—Mosty, le presento a Chester Tayne. Chester, éste es Beggan —dijo.

—¿Qué diablos han venido a hacer aquí? —barbotó el dueño del local—. Han roto mi puerta...

De pronto, se calló. Tayne se dio cuenta de que Beggan acababa de percatarse de quién era, al recordar súbitamente su nombre.

Pero él mismo tardó también unos segundos en reaccionar, porque la mesa estaba prácticamente cubierta de fajos de billetes y, aunque la inmensa mayoría eran de baja denominación, calculó que no había menos de doscientos mil dólares.

El tipo esquelético había metido la mano en el interior de la chaqueta, aunque no había hecho gestos ofensivos. Permanecía silencioso, expectante, y Tayne se dijo que debía de ser tan peligroso o más que Beggan.

—Sí, soy Tayne —confirmó—. El mismo a quien usted ha ordenado asesinar, señor Beggan.

—No diga tonterías —farfulló el aludido—. No le conozco a usted, no le he visto en mi vida... ¿Por qué diablos tendría que ordenar que le quitasen de en medio?

—Eso es lo que he venido a averiguar, precisamente.

Elthoon se sentó con desenvoltura en un ángulo de la mesa.

—Mosty, ¿sabe?, Horro Stein y Jack Fallino están ahora en el infierno.

Un fuerte estremecimiento sacudió el cuerpo de Beggan.

—¿Cómo ha dicho?

—Están muertos. Se despeñaron con su automóvil, en la carretera de Red Rock Hills.

—Quisieron atacarme a tiros y el conductor perdió el control de su coche —agregó Tayne, sin mencionar la invención de Elthoon, para evitarle compromisos.

—Bueno, lo que pudieran hacer fuera de su horario de trabajo, no es cosa que me importe —se defendió Beggan—. Hoy tenían el día libre...

La mano de Elthoon se movió en amplio semicírculo.

—¿El día libre... con todo ese montón de «pasta»? —dijo, sarcástico.

—Tengo otros guardaespaldas —gruñó Beggan.

—Luego admite que los tenía empleados —dijo Tayne.

—No tengo por qué negarlo. Pero lo que pudieran hacer en su tiempo libre, insisto, no es cosa mía.

Bruscamente. Tayne pareció perder la paciencia y se inclinó hacia adelante, para asir a Beggan por las solapas de su chaqueta, haciéndole levantarse a medias.

—¡Escuche! —gritó descompuestamente—. Stein mató al socio de Mick, mi amigo, pero disparó contra mí. Hoy quiso matarme de nuevo y la jugada le salió mal. Pero no crea que voy a tragarme el cuento de que usted ignoraba sus actividades, porque fue usted mismo quien le ordenó que me asesinara. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo a usted, si jamás hemos tenido la menor relación, ni ninguno de los dos había oído hablar jamás del otro?

Los dientes de Beggan castañetearon a consecuencia de las sacudidas que le daba el joven. En aquel momento, el hombre alto y delgado movió la mano derecha.

Elthoon fue más rápido y adivinó sus intenciones. Estaba a la derecha del joven y levantó su brazo derecho, haciéndolo girar horizontalmente. Los nudillos de su mano golpearon la boca del sujeto, lanzándole catapultado de espaldas hasta la pared del fondo.

Elthoon se precipitó sobre él y le quitó un revólver, que tiró bajo

un diván.

—Siga, Chester —invitó.

Tayne volvió a sacudir a Beggan.

—Hable, por todos los diablos, o juro que...

—No tengo nada que decir —contestó Beggan.

De pronto, alargó una mano, sin variar de postura, y pulsó un timbre. Elthoon captó su gesto.

—Ha dado la señal de alarma —exclamó.

Tayne lanzó a Beggan sobre su sillón. El impulso lo hizo volcar y Beggan quedó casi tumbado de espaldas, pataleando ridículamente.

—Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde. Chester —dijo Elthoon.

—Aguarde un momento.

Tayne acababa de concebir una idea. Junto a la mesa grande, había otra con servicio de licores. Había dos botellas de *whisky* y derramó su contenido por completo sobre la mesa cubierta de billetes. Acto seguido, estrelló las botellas contra la pared y sacó una tira de fósforos.

Beggan vio el gesto y lanzó un aullido de furia. En la puerta sonaban fuertes golpes.

—¡Buena idea! —aprobó Elthoon con una estruendosa carcajada.

El alcohol del *whisky* se inflamó en el acto. Elthoon agarró al joven por un brazo y tiró de él hacia la puerta. —Espere un instante —dijo.

La mesa ardía con furia. Beggan lanzaba agudos chillidos de impotente rabia. El hombre alto y delgado continuaba inconsciente. Beggan había caído en mala postura y no acababa de recobrar la vertical.

Elthoon quitó la silla de golpe. Dos individuos entraron a trompicones y el detective les impulsó más todavía con sendas patadas. Luego corrió hacia la escalera, por la que ya descendía Tayne a grandes saltos.

El vigilante de la primera puerta les miró con recelo. Tayne señaló hacia lo alto:

—¡Fuego! ¡Arriba! —gritó.

El hombre echó a correr. Elthoon abrió la puerta y los dos salieron al
Kelso's

con aire natural, como si no hubiera ocurrido nada.

Al dirigirse hacia la salida. Elthoon agitó una mano en dirección a la camarera conocida. Luego, entre dientes, pero sonriendo, dijo:

—Una noche movidita, ¿eh?

—Traerá consecuencias. Mick —pronosticó Tayne lúgubrementemente.

Perezosamente, sumido todavía en las brumas del sueño. Tayne sacó un brazo fuera del embozo de las sábanas y descolgó el teléfono, que sonaba estridentemente.

—¿Quién me tortura, despertándome a estas horas? —preguntó con voz espesa.

Sonó una risa femenina.

—Chester, son las diez y media de la mañana. ¿Has pillado una «curda»?

—No. Mabel, sólo me acosté un poco tarde...

—Eh, mi nombre es Kitty —protestó la mujer—. ¿Conoces a tantas que te armas un lío con la mayor facilidad del mundo?

Tayne se sentó inmediatamente en la cama.

—Lo siento. Kitty. Sinceramente, no esperaba que me llamasen... ¿Puedo ayudarte en algo?

—Creo que soy yo la que te va a ayudar. Chester. ¿Has hablado con Sallishaw?

—Sí, pero no ha soltado prenda...

—¿Por qué no hablas con Dan Burr?

—¿Quién es ese tipo?

—El hombre de confianza de Sallishaw para trabajos de ingeniería; su primer capataz, para entendernos. Lo que no sepa Burr, pocos lo pueden conocer, ¿entiendes?

—¿Crees que Burr puedes saber algo sobre los informes desaparecidos?

—Tenía acceso a los archivos. Chester.

—Entiendo. Iré a hablar con él... pero es sábado y estará fuera de la ciudad...

—Burr es un fanático de la pesca. Lo encontrarás indefectiblemente en la cabaña que tiene en First Bend Creek, en Green Valley. ¿Sabrás ir hasta ese lugar?

—He estado en alguna ocasión...

—La cabaña de Burr está en el lado norte de la curva, es decir, en un sitio opuesto a la ciudad.

—Comprendo. Gracias. Kitty... Ah, una cosa... ¿Qué puedes decirme de Laura Walters?

A través del teléfono. Tayne oyó un fuerte silbido.

—Ten cuidado con esa pájara. Es una zorra, con la ferocidad de un caimán hambriento, los modales sinuosos de una serpiente y los ardores de una yegua en celo...

Tayne se echó a reír.

—Entonces, es un monstruo —dijo.

—Un día será la señora Sallishaw y se comprará un látigo para fustigarnos a los empleados —pronosticó Kitty—. Mantente a distancia de ella, es lo mejor que puedes hacer.

—Pero me interesa hablar con esa fiera. Kitty.

—Lo sé, por eso te aconsejo lo que debes hacer. Ten cuidado. Chester.

—No te preocupes. Y gracias por todo —se despidió el joven.

Al terminar la comunicación, se levantó y fue al baño. Una vez aseado, llamó a Mabel:

—¿Te gustaría hacer una excursión a Green Valley? Son treinta y cinco millas...

—¿Vamos a ver algo interesante? —preguntó la muchacha.

—Alguien —corrigió Tayne—. Vamos a ver al hombre de confianza de Sallishaw.

¿Estarás lista dentro de media hora?

—No te quejarás de mi impuntualidad —dijo Mabel alegremente.

Durante el viaje. Tayne relató los acontecimientos de la víspera, sin omitir el menor detalle. Mabel se sintió estremecida al oír hablar del antro en que había estado el joven y le pareció increíble que pudieran existir tales cosas.

—Es la verdad —dijo él—. No he exagerado lo más mínimo, créeme.

—Desde luego, te creo, pero no conseguiste lo principal: saber por qué Beggan quiso asesinarte.

—Es lo que me ha hecho dar mil vueltas en la cama esta noche —admitió el joven—. Por fortuna, tengo la ayuda de Elthoon y creo que acabaré por conseguirlo.

—Ojalá sea así —deseó Mabel—. Dices que le incendiaste un montón de billetes...

—Puede que hubiese ciento cincuenta... O doscientos mil dólares. No todo se quemaría, supongo, pero me tomé ese pequeño desquite por los sustos que me ha hecho pasar.

—¿Eres vengativo. Chester?

—No —respondió él, ceñudo—. Sólo soy un hombre que aspira a vivir en paz y que se ha visto inopinadamente mezclado en un asesinato, sin comprender muy bien las causas de ese crimen y, además, sintiéndome amenazado de muerte casi en todo momento. No hay duda de que Beggan ordenó me asesinaran; por tanto, mi reacción fue lógica, estimo.

—Desde luego, aunque eso no te habrá hecho ganar puntos en la estimación de Beggan.

—Tal vez le haya metido el miedo en el cuerpo... En fin, veremos qué sale después de hablar con Burr.

Poco más tarde, avistaron la cabaña, en la ladera de una pequeña colina cubierta de hierba y abundante en vegetación. El río pasaba a poca distancia, describiendo una amplia curva cuyo extremo opuesto se hallaba en la parte más próxima a la ciudad.

Tayne detuvo el coche en la explanada que había junto a la cabaña y ayudó a la muchacha a salir del automóvil.

—Burr estará pescando —apuntó Mabel—. Quizá ha venido a almorzar...

—No sale humo de la chimenea. Chester.

—Es lo mismo. Vamos a ver; si no está en casa, aguardaremos su regreso.

Tayne avanzó resueltamente hacia la puerta de la cabaña. Tocó con los nudillos fuertemente y luego abrió un poco.

—¡Eh! —llamó—. ¿Hay alguien en cas...?

El joven se interrumpió bruscamente. Mabel adivinó, por la expresión de su rostro, que había visto algo nada agradable.

Súbitamente. Tayne lanzó un agudo grito:

—¡Está vivo! ¡Todavía vive!

Mabel le vio precipitarse al interior de la cabaña. Se asomó a la puerta y en el acto sintió un fuerte mareo, al ver el hombre que colgaba por el cuello de una cuerda sujeta a una viga maestra del tejado.

Tayne agarró al hombre por las piernas, para aliviar así la tensión de la soga.

—¡Busca un cuchillo, rápido! —exclamó.

Mabel comprendió que debía esforzarse por mantener el ánimo y corrió a la cocina en busca del cuchillo, que encontró, por fortuna, muy pronto. Regresó a la sala, agarró una silla y se subió a ella, a fin de ganar altura, evitando, sin embargo, mirar el amoratado rostro del sujeto, en el que se captaba una horrible expresión de sufrimiento.

—Creo que podremos salvarlo —dijo el joven—. Yo trataré de reanimarlo y mientras tú, en mi coche, vuelve a la gasolinera que hay a cinco millas. Pide que envíen un médico inmediatamente, ¿comprendido?

—Sí. Chester, descuida, eso es lo que haré —contestó la muchacha.

La cuerda quedó al fin cortada y Burr cayó al suelo, porque Tayne, un tanto sorprendido, no pudo aguantar el peso de su cuerpo. Inmediatamente, se puso a horcajadas sobre él, para aflojar el lazo que tenía profundamente hundido en la carne del cuello.

Mabel no quiso ver más y salió a la carrera de la cabaña, en busca del automóvil. Apenas había doblado la esquina opuesta al río, oyó el estampido de un disparo.

CAPÍTULO VIII

Algo levantó un chorrito de polvo a los pies de Mabel, a la vez que volaban por los aires algunos tallos de hierba. La joven lanzó un chillido de susto y retrocedió vivamente, justo a tiempo de esquivar el segundo disparo.

El siguiente proyectil se clavó en uno de los troncos de la esquina, de la que hizo saltar astillas de madera. Aterrada. Mabel corrió a buscar refugio en el interior de la cabaña.

Tayne había aflojado ya el lazo y procuraba dar masajes cardíacos a Burr, cuando oyó el primer estampido, seguido del grito de Mabel. Olvidándose por el momento del dueño de la cabaña, corrió a la entrada.

—¡Mabel! —gritó.

Ella apareció en el acto, terriblemente asustada.

—¡Me han tiroteado. Chester! —dijo, muy pálida.

Tayne corrió hacia una de las ventanas posteriores. En la cresta de la loma por donde pasaba el camino que habían seguido para llegar hasta aquel lugar, vio la mitad superior de la silueta de un hombre, con un arma en las manos.

El sujeto, sin embargo, estaba a contraluz y había casi cien metros de distancia, por lo que no pudo captar más detalles. Pero sí vio el gesto que hacía al echarle el fusil a la cara y lanzó un grito de advertencia:

—¡Apártate. Mabel!

Apenas había hablado, llegó una bala, haciendo saltar en pedazos uno de los cristales. El proyectil se clavó en el suelo, cerca de la puerta, pasando inofensivamente entre los dos jóvenes. Tayne se había apartado al ver el gesto ofensivo del desconocido y volvió a asomarse, sin descuidar las precauciones.

El atacante había desaparecido. Tayne oyó segundos más tarde el rugido de un poderoso motor, que arrancaba con gran potencia.

Entrevió una pequeña nube de polvo, pero eso fue ya todo.

—Se ha marchado —anunció.

Mabel estaba apoyada en la pared, con una mano.

—No me siento muy bien —declaró, con la cara completamente blanca.

—Siéntate. Luego veré de buscar algo para que puedas reconfortarte —dijo Tayne, a la vez que volvía junto a Barr.

Al arrodillarse, puso una mano en el pecho del capataz. Casi en el acto, hizo un gesto de pesar.

—Hemos llegado un minuto demasiado tarde —manifestó.

—Ha muerto —adivinó ella.

Tayne se incorporó de nuevo.

—Por desgracia, así es —confirmó.

Fue al único dormitorio de la cabaña y volvió a poco con una sábana, que le sirvió para cubrir el cadáver de Burr. Luego se encaminó a la cocina y se aplicó a encender el fuego.

Mabel vino a los pocos momentos.

—No puedo estar sola con el muerto —confesó.

—Es comprensible —dijo él, con una ligera sonrisa—. El café estará enseguida. Anda, siéntate... y no te digo que procures olvidar, porque lo que has visto es cosa que muy difícilmente se borra de la memoria.

—Tendré que esforzarme, sin embargo. Chester, ¿por qué han asesinado al pobre Burr?

Tayne aspiró el aire con fuerza.

—Esta muerte, no cabe duda, está relacionada con el asesinato de Williamsburg. Ignoro cuál es esa relación, pero existe, indudablemente. Y eso es lo que tendremos que averiguar. Bueno, yo, porque soy el sospechoso para la policía.

Después de que hubieron tomado el café. Tayne subió a la cumbre de la loma y procuró buscar el sitio desde donde les habían disparado. Un poco más abajo, en la contrapendiente, encontró huellas de coche, con señales de una arrancada demasiado rápida. Tenía los conocimientos suficientes y por ello supo que el vehículo era un «todo terreno», vehículo, por lo demás, apropiado para circular por aquellos parajes.

Una cosa la extrañó sobremanera: Burr había tenido que ir a la cabaña en su propio coche, pero no lo encontró por ninguna parte.

¿Era el que se llevó el asesino?

Ellos no lo habían visto a la llegada porque, calculó, debía de estar escondido en la contrapendiente de la colina. El asesino, indudablemente, se lo había llevado, pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Mabel empezaba a recuperarse.

—Ahora puedo ir a la gasolinera —manifestó.

—Sí, pero tendrás que avisar a la policía, en lugar de procurarte un médico —puntualizó Tayne.

—Mick, ¿se ha enterado de las noticias? —preguntó Tayne, en la mañana del lunes siguiente.

Elthoon hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé todo... Es decir, lo que han dicho los periódicos. Y la radio y la televisión, naturalmente.

Tayne le sirvió una taza de café. Había llamado al detective y Elthoon había acudido sin tardanza, ansioso de conocer detalles que no habían sido divulgados.

—No dijimos que habíamos sido tiroteados —manifestó el joven—. No podíamos ocultar las huellas de los disparos, pero alegamos que debían de haberlos efectuado antes de nuestra llegada. En cuanto a Burr, nuestra intervención resultó estéril, aunque, de todas formas, su muerte no habría podido pasar por suicidio, como sin duda pretendía el asesino.

—¿Ha dicho suicidio? —se sorprendió Elthoon.

—Exactamente, eso es lo que he dicho. El forense encontró en su nuca señales de un fuerte golpe del que se habría repuesto sin mayores daños en circunstancias normales. Sin embargo, fue lo suficiente para atontarlo y no poder luchar contra su asesino, que trató así de disimular el crimen con un supuesto suicidio.

—Bueno, dando por sentado que hubiera querido suicidarse, ¿tenía motivos para ello?

—¿Por qué no intenta encontrar usted esos motivos. Mick?

Elthoon parpadeó.

—¿Quiere que investigue?

Tayne sonrió.

—¿Sigue trabajando ya para la persona que les contrató a usted y a Malone?

El detective hizo una mueca.

—Cancelé el contrato —respondió.

—No le preguntaré quién era...

—Le va a sorprender, pero ya no importa que lo diga. Fue Burr. Tayne respingó.

—¿Burr?

—Así es. Nos contrató a los dos para que le vigilásemos y procurásemos averiguar qué habían hablado usted y Mabel. Pero no tuvimos tiempo de enviarle nuestros informes. Las cosas empezaron a complicarse y... Bueno, de todos modos, le diré que no creo que Burr actuase por cuenta propia.

—Se lo ordenó otro —adivinó el joven.

—Sí, aunque no se me ocurre ningún nombre... Bien, empezaré inmediatamente y ya le tendré al corriente de todo lo que averigüe.

—Si necesita dinero... —ofreció Tayne.

Elthoon agitó una mano desdeñosamente.

—Éste es también «mí» caso. Malone fue asesinado y yo quiero encontrar al culpable de todo.

—Su asesino murió. Mick.

—Era sólo un «ejecutor». A mí me interesa encontrar al hombre que le pagó... y que está por encima de Beggan, ¿comprende?

Tayne sonrió.

—Buena caza. Mick —le deseó.

Al quedarse solo. Tayne reflexionó sobre lo que debía hacer, llegando finalmente a la conclusión de que tenía que esperar hasta la tarde.

Alrededor de las seis, llamó a la puerta de un apartamento, situado en un elegante bloque, y aguardó unos momentos, antes de percatarse de que alguien le observaba a través de una mirilla.

Una voz brotó a través del micrófono situado junto a la puerta.

—¿Quién es?

—Chester Tayne, señorita Walters. ¿Puedo hablar con usted?

El joven adivinó un gesto de sorpresa en la dueña del apartamento. Sin embargo, la puerta se abrió casi en el acto.

—He oído su nombre, señor Tayne —declaró Laura Walters—. Perdone mi aspecto, pero acabo de salir del baño. Me ducho siempre, al volver de la oficina...

—No tiene importancia, señora —sonrió el joven—. Y muchas gracias por haber accedido a recibirme.

—Sentía curiosidad por saber qué tiene que decirme el hombre que encontró muerto a un buen amigo —respondió Laura.

—Ah. Burr era amigo de usted...

—De los buenos, señor Tayne. ¿Quiere tomar algo?

Laura se acercó a una bien provista barra. Vestía bata de baño, muy corta, cuyo borde inferior quedaba casi a un palmo de las rodillas, y su cabeza estaba envuelta en una toalla. El rostro aparecía limpio de maquillaje, pero, no obstante, se advertía que era una mujer de gran belleza, con un cuerpo pródigamente dotado por la naturaleza.

—Un poco de *bourbon*, gracias, señora Walters.

—Soy soltera —rió ella—. Tengo entendido que llegó tarde...

—Burr respiraba todavía, pero ya no hubo tiempo de reanimarlo.

—Lo siento terriblemente. Era un buen hombre, amable, dispuesto a ayudar siempre a cualquiera... —Laura se acercó al joven y le entregó un vaso—. ¿No quiere sentarse? —sugirió.

—Me encuentro bien de pie. Discúlpeme, señorita Walters, pero quisiera hacerle algunas preguntas...

Laura se sentó en el brazo de un sillón y cruzó las piernas espectacularmente.

—Estoy dispuesta a responderle —sonrió—. Dispare cuando guste, señor Tayne.

—Verá... Sé que usted es un elemento importante en la oficina de Sallishaw y... Bien, el caso es que, como segura mente no ignora, yo tuve una discusión muy violenta con Williamsburg, a consecuencia de lo cual se me considera sospechoso por la policía. Los motivos de la discusión fueron unos informes que yo presenté y que él calificó de inexactos, cosa incierta, aduciendo para ello que tenía otros mejores, los cuales sí estaban equivocados. Pero la persona que redactó estos informes lo hizo con una exactitud casi absoluta y alguien, después, los manipuló, para que aparecieran como erróneos. En fin, para abreviar, diré que el informe original, exacto, ha desaparecido de los archivos de su oficina.

—Sin duda, se refiere al informe elaborado por Mabel Garden —dijo Laura sosegadamente.

—En efecto, así es.

—No se preocupe. Esos informes no fueron sustraídos.

Simplemente, los destruí yo en persona, enviándolos al incinerador.

—¿Usted? —dijo Tayne, atónito.

—Williamsburg había muerto y nuestra relación con él había cesado ya —declaró Laura, sin alterar un ápice su expresión—. Había exceso de papeles inútiles en los archivos y los aclaré un poco, eso es todo.

Tayne dejó el vaso a un lado.

—En tal caso, los motivos de mi visita han desaparecido —dijo, con sonrisa de circunstancias—. Disculpe que le haya molestado, señorita Walters.

—Por favor... He tenido un gran placer al conocer a un hombre muy agradable —sonrió ella, a la vez que se ponía en pie.

—Agradezco infinito su amabilidad. Y ahora, con su permiso...

La puerta del apartamento se abrió bruscamente y un hombre cruzó el umbral con paso rápido.

—Laura, he sabido que...

Sallishaw se interrumpió en el acto al ver a Tayne.

—¿Qué hace aquí este sujeto? —preguntó desabridamente.

Laura se acercó al recién llegado.

—El señor Tayne se marchaba ya. Sólo vino a preguntarme por los informes de Mabel Garden, pero le he dicho que los mandé al incinerador, porque ya no nos servían para nada.

—Ah —gruñó Sallishaw—. Bien, señor Tayne, ahora ya sabe la suerte que han corrido esos papeles. ¿Satisfecho?

El joven iba a contestar algo hiriente, pero prefirió abstenerse, vista la nada disimulada hostilidad que Sallishaw sentía hacia él.

—Por completo —respondió—. Señorita Walters...

Sin despedirse del hombre, abandonó el apartamento. Mientras descendía en el ascensor hacia la planta baja, se preguntó qué había querido decir Sallishaw con la frase interrumpida al verle.

«He sabido que...».

—¿Qué diablos ha sabido? —murmuró.

Acabó por encogerse de hombros. Se estaba volviendo demasiado suspicaz. Sin duda, se trataba de algo relacionado con su oficina y que no tenía importancia para él. Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica. Puso una moneda en la ranura y marcó un número. A los pocos momentos, oyó una voz:

—Elthoon.

—Mick, soy Tayne. ¿Ha conseguido algo?

—No le va a gustar lo que tengo que decirle —respondió el detective—. Muévase con cuidado, señor Tayne. Jim *el Mantecas* le anda buscando y no precisamente para darle palmaditas en la espalda. Sin duda, querrá realizar la tarea que Horro Stein no pudo llevar a cabo.

CAPÍTULO IX

Caía una fina llovizna cuando llegó a su casa, ya de noche y, antes de desembarcar del coche, miró precavidamente a todas partes. Maldijo entre dientes. ¿Por qué tenía que andar con tantas precauciones, cuando era un hombre de paz, que jamás había hecho daño a nadie?

La calle aparecía tranquila, brillante el pavimento por efectos de la lluvia. Salió del coche, cerró y se dirigió hacia la casa.

Abrió la puerta. Inmediatamente, divisó un poco de luz al fondo.

Un escalofrío recorrió su espalda en el acto. ¿Había llegado ya Jimmy *el Mantecas*?

Ahora ya sabía quién era el sujeto y conocía no sólo su apellido, sino el origen del apodo. Era el tipo esquelético que estaba con Beggan cuando fueron a verle; su figura, por contraste, había dado origen a un apodo de matices sarcásticos. El apellido era de lo más vulgar: Jones.

Junto a la entrada, había una figurita de porcelana. La agarró con una mano y avanzó sin hacer ruido hacia el lugar donde veía la luz. Enarbolando la estatuilla, se situó junto a la puerta.

Había alguien en la cocina. ¿Qué diablos hacía El Mantecas allí?

—Tal vez quiere engordar a costa de mi despensa —masculló.

Cuando iba a entrar, oyó una voz de suaves tonos:

—¿Eres tú. Chester?

La tensión de Tayne se relajó en el acto, dando paso, no obstante, a un arranque de mal humor:

—¿Por qué demonios no has avisado que venías a verme? —exclamó, a la vez que cruzaba el umbral de la puerta.

—Chester, he estado llamándote todo el día, sin obtener respuesta; por eso me decidí a venir a tu casa —se defendió ella—. Estaba preparándome algo de cena, pero puedo poner dos platos...

Tayne dejó la estatuilla a un lado. Mabel frunció el ceño.

—¿Pensabas atacarme?

—No te preocupes. Perdona, pero necesito una copa. Volveré enseguida.

—Iré poniendo la mesa mientras tanto —sonrió ella.

Tayne regresó momentos más tarde y se sentó en un tabú rete, frente al mostrador de separación.

—He estado con Laura Walters —declaró.

—Una buena pájara, ¿no?

—¿La conoces?

—Superficialmente solo. Chester. ¿Qué te ha dicho?

Tayne tomó un buen trago.

—No hay que preocuparse por el original de tu informe —dijo.

—Lo tiene ella, ¿eh?

—No, lo envió al incinerador. Dijo que sobraban papeles en los archivos y...

Mabel puso un plato delante del joven.

—Incorrecto —dijo.

—¿Cómo?

—Si lo hizo, cometió una acción indebida. Debía haber conservado mi informe. Chester.

—¿Por qué? Williamsburg había muerto y la relación de la oficina de Sallishaw con un difunto no tenía razón de ser.

—Cierto, pero yo había trabajado para Sallishaw y, puesto que mi informe no iba a ser utilizado, yo tenía derecho a recobrarlo. Me pertenecía, ¿comprendes?

—Cobraste por él. Mabel.

—No lo puedo negar, pero un día, tal vez, me habría convenido presentarlo a otra empresa. No era una cesión absoluta, como si les hubiese vendido un kilo de manzanas.

—Entiendo —dijo Tayne—. Bueno, las cosas están así y no se puede hacer nada por ahora.

—Afortunadamente, conservo el borrador que, es prácticamente, la copia del original que entregué a Sallishaw. El que recibió Williamsburg debe de estar por alguna parte y un día se podrán comparar ambos y saber de modo irrefutable cuál era el bueno y cuál era el erróneo.

Tayne sonrió, a la vez que bajaba la vista hacia el plato.

—Oye, y además de hacer ciertos proyectos, ¿sabes cocinar?

—¿Es tan difícil preparar un filete con patatas? —rió la muchacha, a la vez que se sentaba frente al dueño de la casa.

—Yo lo hago muchas veces... Soy soltero, ¿sabes?

—Nunca he tenido la menor duda acerca de tu estado civil —dijo Mabel maliciosamente.

—Pero un día dejaré de serlo.

—¿Tienes alguna futura esposa en perspectiva?

—Quizá —sonrió Tayne. De pronto, pareció reparar en un detalle—. Oye. Mabel, tú no tienes la llave de mi casa. No la tiene ninguna otra mujer, te lo advierto para que no pienses mal de mí... Pero, si no tenías llave, ¿cómo has conseguido entrar...?

—Por la puerta de atrás, hombre. Eres muy descuidado. Chester, y eso te puede costar un disgusto cualquier día. Vine, llamé, no estabas y se me ocurrió dar la vuelta a la casa. Encontré la puerta cerrada simplemente con el picaporte y eso es todo...

De pronto. Mabel se sintió alarmada al ver el cambio de expresión que se producía en el rostro del joven.

—¡Chester! ¿Qué te ocurre? —preguntó.

Tayne no contestó. Apeándose del taburete, se encaminó a la puerta de la cocina, pero antes de llegar se detuvo bruscamente, al oír un ligero ruidito en la parte posterior de la casa.

Casi sin volverse, hizo un gesto con la mano.

—Silencio. Mabel —dijo, con un susurro apenas audible.

Luego, muy despacio, empuñó la figura de porcelana, dispuesto a defenderse del que estimaba inminente ataque por parte de Jimmy *el Mantecas*.

Mabel cerró las manos sin sentir siquiera que las uñas se le clavaban en las palmas. Tayne, pisando de puntillas, se había situado junto a la puerta, con el arma improvisada en alto, mientras escuchaba atentamente.

Fuera se oyeron ruidos extraños, un raro gorgoteo, jadeos y una voz que mascullaba entre dientes, algo ininteligible.

Un pie pateó el suelo varias veces, con redoble muy rápido. Súbitamente se oyó un aterrador chasquido de huesos.

Mabel dominó a duras penas los deseos que sentía de lanzar un alarido que pusiera fin a la tensión de aquellos momentos. De pronto, se oyó una voz en las inmediaciones de la puerta trasera:

—Ya puede salir, señor Tayne. El peligro ha pasado.

—¡Mick! —gritó el joven.

—El mismo. —Elthoon apareció en el umbral, alisándose el pelo revuelto con una mano—. Jimmy *el Mantecas* ha dejado de constituir una amenaza para nadie. Tayne se estremeció.

—¿Está...?

Elthoon hizo un gesto desdenoso.

—Tenía un cuello muy débil —respondió.

Mabel se cubrió la cara con una mano y lanzó un gemido. Tayne apretó los labios.

—¡Un muerto en mi casa! —se lamentó.

—No se preocupe. Pronto nos desharemos de él —dijo Elthoon en tono trivial—. Además, venía a matarle, ¿no?

—Sí, pero... ¿cómo lo justifico?

—No necesita justificarse de nada. Repito: yo me encargaré de hacer desaparecer el «fiambre».

—No irá a enterrarlo en mi jardín, ¿verdad? —se alarmó el joven.

Elthoon soltó una risita.

—Se le morirían todas las plantas —contestó con macabro sarcasmo.

Tayne se asomó al pasillo. El Mantecas yacía en el suelo, con los ojos desorbitados y el cuello torcido en una posición antinatural. Junto a su mano derecha, se veía una pistola con silenciador.

Elthoon señaló el arma.

—Un solo tiro, sin ruido, y usted estaría ahora enfrentándose con los ángeles. ¿O con Satanás?

—Soy un pecador, pero no hasta el punto de pensar en ir al infierno —contestó Tayne malhumoradamente—. ¿Cómo piensa llevarse de aquí el cadáver. Mick?

—De la misma forma que lo hice en la ocasión anterior con mi pobre socio.

—Y se lo dejará a Beggan...

—Quien no se esforzará en absoluto en avisar a la policía, téngalo por seguro. Oiga, ¿puede darme una copa? Estoy con la boca seca...

Tayne regresó a la cocina y el detective le siguió, pisándole los talones. Elthoon se sorprendió al ver a Mabel.

—Oh, no sabía que estuviera acompañado... Siento haberles estropeado la fiesta...

—Si no hubiera sido usted. Jimmy lo habría hecho y de una forma mucho más desagradable —contestó Tayne, a la vez que ponía la botella y un vaso en manos del investigador—. Sírvese a su gusto. Mick.

—Gracias. —Mientras vertía el *whisky* en su vaso. Elthoon añadió—: Tengo que decirle algo que tal vez resulte interesante.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Elthoon tomó un largo trago. Luego se limpió los labios con un pañuelo y, al fin dijo:

—Usted encontró el cadáver de Dan Burr.

—No puedo negarlo. Lo declararé a la policía... pero no encontré nada en la cabaña que me aclarase los motivos de su muerte.

—Tal vez lo encuentre en otro sitio, señor Tayne.

El joven enarcó las cejas.

—¿Sabe usted qué sitio es ése?

Elthoon movió la cabeza afirmativamente.

—La casa de Burr, la que tenía en la ciudad —contestó.

—No entiendo...

—A Burr lo «suicidaron» por algún motivo de importancia. Puede que en su casa encontremos alguna pista, ¿no le parece?

—Tal vez, pero me imagino que la policía ya habrá efectuado un registro y son mucho más expertos...

El detective dejó escapar una risita burlona.

—Se sorprendería usted de la cantidad de pistas que pueden dejar perder unos policías estúpidos, aunque, por supuesto, no todos lo son —contestó—. De todas formas, ¿qué podemos perder? Sobre todo usted. Chester. Su vida, recuérdelo, está en peligro.

Mabel dio un paso hacia adelante.

—Chester, creo que te conviene hacer lo que sugiere el señor Elthoon —terció.

—Gracias, señorita Garden —dijo el sujeto. Miró a Tayne—. Bien, ¿qué decide usted?

—¿Hoy? —preguntó el joven.

—Mañana. Esta noche voy a tener algo de trabajo.

Elthoon hizo un gesto hacia el pasillo.

—El próximo negocio que monte será el de transporte de

«fiambres» —añadió con risa macabra.

—¿Por qué no trae el coche hasta la puerta de mi garaje? —sugirió Tayne—. Así se evitaría atravesar un buen trozo de terreno, con el cadáver a cuestas... Hay comunicación directa desde la casa y...

—Es una buena idea —aprobó Elthoon—. Pero no podemos dejar el coche de Jimmy junto a la acera.

—Yo me encargaré de llevarlo a las inmediaciones del Kelso's

—dijo el joven.

—Perfectamente. ¡Manos a la obra!

—Te esperaré aquí —declaró Mabel.

—Cierra bien todo y no abras hasta que estés segura de que soy yo —aconsejó Tayne.

CAPÍTULO X

Mientras conducía el coche de Jimmy Jones. Tayne se preguntaba una y otra vez si no estaría siendo víctima de una pesadilla. Elthoon conducía el suyo y le servía de guía para llegar al objetivo, que le había señalado antes de abandonar la casa.

No, no podía ser cierto lo que le pasaba. Un día despertaría, se diría que todo había sido un mal sueño y...

El aire fresco y húmedo de la noche le dio en la cara, a través de la ventanilla abierta y le hizo volver a la realidad. Desgraciadamente, se dijo, acongojado, estaba despierto y bien despierto. Todo lo que le estaba sucediendo era cierto y no había nada de fantasía en los acontecimientos de que había sido principal protagonista.

—Y esto me ocurre por haber discutido con un tipo que fue asesinado al día siguiente...

Repentinamente, concibió una idea. Era muy interesante saber quién y cómo había asesinado a Williamsburg, pero resultaría aún más interesante conocer los motivos de su muerte. Williamsburg había sido una potencia económica en la ciudad, un hombre de empresa, con sus virtudes y defectos, pero fundamentalmente íntegro.

—Al menos, en apariencia —murmuró—. ¿No habrá en su vida algún pasaje oscuro, que fuese la causa de su muerte?

De repente, concibió una idea. La pondría en práctica inmediatamente, apenas hubiera dejado el coche de El Mantecas en el lugar indicado por Elthoon. Lo haría aquella misma noche, aunque se la tuviese que pasar en vela, decidió finalmente.

Poco más tarde, entraba lentamente en el callejón que había en la trasera del edificio, a fin de dejarlo ante una de las puertas traseras. El callejón partía la manzana casi totalmente en dos, pero estaba cerrado por uno de sus extremos. La puerta quedaba

justamente en el trozo de bloque perteneciente a Beggan.

Apagó los faros y paró el motor. Cuando salía del coche, un individuo se destacó de las sombras y se acercó a él.

—¿Todo bien. Jimmy?

Tayne se quedó cortado. Elthoon no le había advertido de la posible presencia de un centinela en aquel callejón. El sujeto estaría armado y...

—Sí, todo bien —contestó entre dientes.

El hombre señaló hacia sus espaldas. Tayne era bastante alto, había muy poca luz y no se había dado cuenta todavía de que estaba hablando con una persona distinta de la que creía era realmente.

—Entra, el jefe quiere verte —dijo.

Tayne vaciló. De pronto, el sujeto advirtió su error.

—¡Eh, tú no eres...!

No pudo terminar su frase. Alguien le atacó por detrás, golpeándole en la nuca con tremenda violencia. El hampón se desplomó fulminado.

—¡Lo ha matado! —exclamó Tayne.

—Sólo está sin conocimiento. Dormirá unas cuantas horas, despertará con un fenomenal dolor de cabeza y eso será todo. No se preocupe por ese bergante. Ahora traeré el «fiambre» de Jimmy...

—Espere —pidió el joven—. ¿Por qué no ponemos a éste junto al otro? Si los ven juntos, creerán que esperan a alguien, pero si ven a un tipo tirado en el suelo, recelarán y...

—Es verdad. No se me había ocurrido a mí —admitió el detective—. Vamos, écheme una mano; éste es mucho más pesado que aquel saco de huesos que ya no volverá a molestar a nadie en este mundo.

Tayne ayudó a Elthoon a colocar el cuerpo del centinela en el asiento delantero, apoyándolo de modo que pareciera estuviera dormido. Luego abrió la otra portezuela.

Elthoon llegó a poco con el cadáver auestas. Mientras lo situaba en una postura normal. Tayne, sigilosamente, retrocedió hasta alcanzar el coche del detective.

—Lo siento. Mick —murmuró al dar el contacto.

Pero no lo quería llevar consigo. Lo que iba a hacer, se dijo, tenía que ser a solas, sin testigos. Elthoon habría intentado

disuadirle de la aventura y tal vez lo habría conseguido, pero él estaba empeñado en poner en práctica la idea concebida y no quería que nada ni nadie pudiera impedirselo.

Elthoon lanzó un juramento cuando vio que se quedaba sin coche y corrió hacia la salida del callejón, pero el joven había acelerado ya y no pudo alcanzarlo. El detective se marchó con paso rápido, diciéndose que lo mejor era poner tierra de por medio. Ya sabía dónde encontraría el automóvil al día siguiente.

En la tienda de repuestos de una estación de servicio, donde puso gasolina. Tayne compró una linterna y otros adminículos que pensó podría necesitar. Luego continuó su camino y, antes de media hora, detenía el coche en las inmediaciones de la casa de Williamsburg.

Estaba en un lugar relativamente poco poblado. La escasa luz de la avenida le permitió ver la silueta del edificio, de construcción un tanto extraña. El cuerpo principal tenía dos plantas y ático. En el lado norte, se había añadido un cuerpo de una sola planta, obra hecha por el anterior dueño, lo que había aprovechado Williamsburg para instalar allí su gabinete privado, en el que muy pocas personas podían entrar.

El había discutido con Williamsburg en las oficinas que éste tenía en la ciudad. Pero la discusión había trascendido y por ello había sido considerado sospechoso por la policía.

Allí, en aquella casa, no había estado nunca, salvo la noche que le llevaron unos policías. Pero no tenía que recorrer todo el edificio, estimó. Bastaría con registrar el gabinete privado y...

Resuelto al fin, avanzó por la zona más oscura, hasta situarse al pie de una de las ventanas. Eran altas, de estilo neoclásico, con numerosos cristales, separados por listones de madera pintada de blanco y montante superior en semicírculo. Se abrían por medio de una falleba y no por sistema de guillotina, como solía ser corriente en la mayoría de los edificios.

Sin el menor escrúpulo, sabiendo que la casa estaba deshabitada, rompió uno de los cristales. Metió la mano por el hueco, manejó la falleba y el paso quedó libre.

Una vez en el interior y antes de encender la linterna, corrió las cortinas. Presionó el interruptor de la lámpara portátil y, en el mismo instante, se encendieron todas las luces de la estancia.

Tayne se quedó estupefacto, porque el aparatito que tenía en las manos no era de control remoto. Pero muy pronto encontró la explicación cuando se vio frente a una hermosa mujer que le apuntaba con una pistola de pequeño calibre, sostenida por una mano que no temblaba en absoluto.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Piensa robar dinero donde no hay un solo dólar? —preguntó la desconocida.

Tayne intentó recuperarse de la sorpresa recibida. La mujer había sobrepasado los treinta y cinco años, pero era muy hermosa, aunque en su rostro se apreciaban ciertas señales que la hacían parecer mayor de lo que era en realidad. Tal vez alguna enfermedad...

—No voy a robar nada, señora —dijo al cabo—. Me llamo Chester Tayne, soy sospechoso de haber asesinado a su hermano y quiero encontrar alguna prueba que me permita encontrar al verdadero asesino.

—He oído su nombre —manifestó ella—. ¿Puede probarme su identidad?

—Tengo mi permiso de conducción...

—La pistola está cargada y no tiene el seguro puesto. Démelo.

Tayne obedeció. Ella examinó unos instantes el documento y luego se lo devolvió.

—Conforme, señor Tayne. Es usted el que dice ser. Pero ahora quiero saber con exactitud qué ha venido a buscar a esta casa.

—Señora, ¿no le parece que ha llegado el momento de darse a conocer? —dijo el joven, un tanto irritado por la actitud de la desconocida.

—Muy cierto —convino ella—. Me llamo Adela Hunter. El apellido pertenece a mi esposo, del cual estoy divorciada. De soltera, me llamaba Williamsburg. —¡La hija del difunto...!

Adela sonrió.

—Muy halagador por su parte, pero mi hermano no era tan viejo. Aún no había cumplido los cincuenta años y sólo era doce mayor que yo. Fui el resultado de un nacimiento tardío...

—En resumen, su hermana.

—Exactamente, señor Tayne.

—Es curioso —dijo el joven—. No había oído hablar de usted hasta ahora. ¿Dónde se ha metido? ¿Por qué no se la ha

mentado en los comentarios del crimen?

—Había motivos para ello —respondió Adela, a la vez que dejaba la pistola sobre una mesita pequeña—. ¿Le parece bien que nos sentemos y, cómodamente instalados, nos contemos recíprocamente nuestras cosas?

Tayne hizo una galante reverencia.

—Estoy a su entera disposición, señora Hunter —dijo.

—Llámeme Adela, simplemente —propuso ella, a la vez que se disponía a destapar un frasco de cristal tallado.

Tayne llegó a su casa muy de madrugada y entró sin hacer el menor ruido. Mabel, pensó, se habría marchado sin esperarle, pero se llevó una gran sorpresa al verla dormida en su propia cama.

La muchacha, sin embargo, se había limitado a descalzarse y estaba completamente vestida. Tayne le imitó, quitándose los zapatos. Luego buscó una manta, para que pudieran cubrirse los dos, apagó la luz y, tras unos momentos de relajación, se quedó profundamente dormido.

Un agudo chillido le despertó después de un tiempo que no supo calcular en los primeros momentos. Alarmado, se sentó en la cama, viéndose junto a la muchacha, asimismo sentada a su lado.

—Chester, ¿qué haces en mi cama? —preguntó ella.

—Mabel, ¿estás segura de que es «tú» cama? —sonrió él.

La joven se pasó una mano por los revueltos cabellos.

—Perdona, estaba todavía medio dormida... Noté la compañía de un hombre y grité, asustada... Tardabas mucho en volver, me acosté para descansar un poco y, supongo, debí de quedarme dormida sin darme cuenta. Pero ¿por qué no me despertaste al volver?

—Me dio lástima. Dormías como un angelito... —De pronto. Tayne se inclinó hacia su derecha y la besó en una mejilla—. Te aseguro que no me he aprovechado en absoluto de la situación —añadió.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Eres un chico estupendo —alabó—. Pero regresaste muy tarde...

—Eran más de las cuatro de la mañana y tenía motivos para la tardanza. Mabel, ¿por qué no hablamos después de desayunar? ¿Vas tú primero al baño?

—Bueno, como quieras. Oye, me tienes terriblemente intrigada...

Tayne apartó la manta a un lado y saltó al suelo.

—Yo haré el café —dijo—. Ah, y para satisfacer un poco tu curiosidad, te diré que pasé gran parte de la noche en la agradable compañía de Adela Hunter.

—¿Quién es ella? —preguntó Mabel, atónita.

—La hermana del muerto. Adela, nacida Williamsburg, apellido que llevó hasta su matrimonio con Edward Hunter, de quien está divorciada en la actualidad.

Mabel tenía la boca abierta por el asombro que sentía.

—Williamsburg tenía una hermana...

—Y gracias a ella, conozco los motivos de la muerte de Williamsburg, aunque no haya podido averiguar hasta ahora quién lo mató ni mucho menos el procedimiento empleado. Pero ya seguiremos hablando después; arréglate un poco y...

Mabel se puso los zapatos y echó a correr.

—¡Estoy muerta de hambre! —gritó, antes de cerrar la puerta del cuarto de baño.

Tayne meneó la cabeza.

—Una chica estupenda —dijo—. Tendré que pedir su mano cuando haya pasado todo esto.

Y luego, silbando alegremente, se encaminó a la cocina y empezó a prepararlo todo para el desayuno.

Una hora más tarde. Mabel estaba enterada de todo lo que habían hablado Tayne y Adela. Sintió un asombro inmenso, pero, al mismo tiempo también, un gran alivio, porque ahora ya se conocían las causas que habían impelido a un hombre a disparar contra Williamsburg.

—Sabemos ahora quién inspiró el crimen, pero desconocemos al verdadero asesino, al ejecutor, para ser más exactos; y tampoco sabemos qué procedimiento empleó, si todas las ventanas y la puerta de la sala estaban cerradas y no hay señales de que hubieran sido forzadas —dijo la muchacha—. ¿Se te ocurre a ti algún nombre?

Tayne hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—En absoluto —respondió—. Tuvo que ser un procedimiento muy complicado, muy elaborado y que, además, permitió

sorprender a Williamsburg de una forma absoluta. Apareció muerto, como dormido en su sillón, lo cual no habría sido posible, si el asesino hubiese forzado alguna de las entradas. Se hubiera levantado, habrían discutido tal vez violentamente, acaso hubieran forcejeado, lo que habría dejado señales de desorden en las ropas del muerto... pero nada de eso ocurrió. Williamsburg estaba estudiando unos documentos y aparecieron sobre sus piernas y en el suelo, de la misma manera que si se hubiese quedado dormido durante la lectura.

—En resumen, no había señales de lucha, pero el asesino disparó un tiro y lo mató... No llegó volando... Oye. Chester —exclamó ella de repente—, ¿no hay una chimenea en la estancia?

—Ya he pensado en ello, pero el asesino no utilizó esa vía de acceso. Primero, el cañón es demasiado angosto, incluso para un tipo tan delgado como El Mantecas. Segundo, aunque hubiera podido bajar por allí, habrían quedado señales de hollín en el hogar y apareció completamente limpio, ya que en esta temporada, no se había encendido aún la chimenea.

Ella hizo un gesto de resignación.

—En resumen, estamos ante un misterio insoluble.

—Creo que algún día desvelaremos ese enigma, pero no me atrevo a profetizar cuándo será —contestó el joven.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Mabel se alarmó.

—Cuidado. Chester —dijo, al ver que el joven se ponía en pie.

No había motivos de alarma. Era Elthoon.

—Mick, su coche está aquí —sonrió Tayne.

—Ya lo he visto. Una buena jugada —dijo el detective, un tanto irritado.

—Tendrá que perdonarme. Se me ocurrió que debía ir a cierto sitio y quería hacerlo yo solo... Pero ¿por qué no pasa y toma una taza de café? Tengo algo interesante que contarle, créame.

—Está bien.

Tayne y Elthoon llegaron a la cocina.

—Buenos días, señorita Garden —saludó el segundo.

—Hola. Mick —contestó ella—. Voy a ponerle una taza de café. Siéntese, por favor.

—Gracias. Chester, ¿qué hizo después de llevarme mi coche?

—Quería registrar el gabinete privado de Williamsburg —

explicó Tayne.

—Ah, el lugar del crimen...

—Exacto.

—¿Y consiguió algo?

De nuevo llamaron a la puerta. Tayne frunció el ceño.

—Ahora no espero ninguna visita —dijo a media voz.

Elthoon se puso en pie de nuevo.

—Le acompañaré hasta la puerta. Chester —se ofreció, a la vez que sacaba un revólver de cañón corto.

Tayne echó a andar, seguido del detective. Al llegar a la puerta, atisbo a través de la mirilla un instante. Luego hizo un gesto con la mano.

—Guarde la artillería. Mick: es de confianza —dijo.

Abrió la puerta. En el umbral. Adela Hunter sonreía, a la vez que blandía unos documentos con la mano derecha.

—Chester, al fin he conseguido encontrar la prueba definitiva contra Mosty Beggan —exclamó.

CAPÍTULO XI

Adela entró en la casa y se sorprendió al ver a otro hombre.

—Es Mick Elthoon, un colaborador —presentó Tayne—. Mick, ella es la señora Hunter.

—¿Cómo está? —saludó Elthoon.

Adela recorrió con la vista la figura completa del investigador.

—Parece un tipo decente —dijo al cabo.

—Lo es —aseguró Tayne—. Venga conmigo, por favor; todavía hay más gente en la casa.

—¿Es un «*meeting*» político? —preguntó Adela irónicamente.

—Todos estamos envueltos en el caso —respondió el joven.

De nuevo hizo las presentaciones a las dos mujeres. Adela estudió críticamente a la muchacha.

—Muy bonita —calificó—. ¿Te vas a casar con Chester?

Mabel se puso colorada hasta las orejas.

—Es algo que ni siquiera nos ha pasado por la imaginación —respondió.

—Tendrás más suerte con él que la que yo tuve con mi esposo —sonrió la recién llegada—. Pero, claro, no se puede acertar siempre en la vida... y yo cometí algunos terribles errores, de los cuales estoy ahora sinceramente arrepentida.

Incluso puede que esos errores fuesen la causa de la muerte de mi hermano.

—No diga eso. Adela —refunfuñó el joven—. Su herma no había decidido ya actuar antes de que a usted se le presentaran esos problemas.

—Perdonen la interrupción, pero he oído hablar de la prueba definitiva contra Beggan —intervino Elthoon—. ¿Me permite, señora Hunter?

Adela entregó los documentos al detective. Luego se volvió hacia Tayne. —Los encontré hoy, por casualidad, en mi escritorio privado

— aclaró—. Mi hermano debió de guardarlos allí, mientras yo... estaba en la clínica.

—¿Estuvo enferma, señora? —preguntó Mabel.

Adela se volvió hacia la muchacha y la miró fijamente.

—Deseo que no tengas que pasar jamás por el infierno en que yo estuve sumida muchos meses —contestó.

—Tratamiento contra la adicción a la droga —añadió Tayne, escueto.

—Lo siento de veras —murmuró la joven.

—Ahora estoy completamente curada...

—Mabel, ofrécele café a nuestra visitante —indicó Tayne.

—Sí, con mucho gusto.

Adela se sentó. Elthoon se había enfrascado en la lectura de los documentos y permanecía ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Durante unos momentos, charlaron de temas indiferentes. Luego, el investigador alzó la cabeza.

—Perfecto —dijo—. Estos papeles, más lo que ya sabemos, pueden enviar a Beggan a la cárcel para toda su vida.

—Entonces, los llevaremos a la policía... —empezó a decir Adela, pero no pudo seguir, porque Tayne alzó una mano con vivo gesto.

—No, no es todavía el momento —contradijo.

Los tres le miraron asombrados.

—¿Por qué? —preguntó Mabel.

—Todo está claro. Beggan no tiene escapatoria posible —adujo Elthoon.

—A mi hermano le costó mucho reunir esas pruebas —declaró Adela.

—Sí —admitió Tayne—. Le costó tiempo y dinero y algo más precioso todavía: la vida. Pero no es el momento de actuar contra Beggan —insistió.

—Tendrás motivos muy poderosos para decir una cosa semejante —intervino Mabel, que se sentía muy intrigada por la actitud del joven.

—Muy poderosos, en efecto. Beggan, no cabe duda, inspiró a alguien el asesinato de Williamsburg, pero no lo ejecutó uno de sus pistoleros, habituales de los procedimientos más o menos rutinarios: pistola, cachiporra, apaleamiento, lanzamiento de un coche por un

barranco... No: Williamsburg fue asesinado con una técnica muy refinada, lo que implica la actuación de un hombre muy inteligente y con grandes conocimientos de... de lo que sea, no me atrevo todavía a explicarlo, porque, simplemente, lo ignoro.

—Es decir, desconocemos la técnica de ese asesinato —dijo Adela.

—Efectivamente, la desconocemos, y por ello pienso que hallar al asesino es tan importante como desenmascarar a Beggan.

—Bueno, pero ¿cómo lo conseguiremos, si no sabemos por dónde empezar? —arguyó Mabel.

Tayne se encaró con el detective.

—Mick, usted habló de registrar cierta casa —recordó.

—¿Se refiere a la de Burr?

—Justamente. Burr murió, es evidente, porque sabía algo muy importante. Pero debemos tener presente que era el capataz de Sallishaw y que tenía muchos conocimientos de mecánica y que sabía manejar infinidad de herramientas. Mi opinión es que conocía al ejecutor material del asesinato y que algo positivo podremos encontrar en su casa.

—Es una buena idea, creo —dijo Mabel.

—Chester, ¿cuándo piensa hacer ese registro? —inquirió Adela.

Tayne volvió a consultar a Elthoon con la mirada.

—¿Mick?

—¿Por qué no ahora? —sugirió el interpelado.

—Yo iré contigo. Chester —dijo Mabel.

—A mí no me dejarán atrás —exclamó Adela enérgicamente.

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo Elthoon a la vez que echaba a andar hacia la puerta—. Iremos todos en mi coche; yo conozco bien el camino —agregó.

Adela se emparejó con el detective.

—Señor Elthoon, tiene usted un nombre un poco raro... Mick parece más bien nombre de rata y perdone mi opinión...

—Me llamo Michael Patrick Sean Elthoon, señora, pero mis padres pensaron que Mike era demasiado vulgar y lo dejaron en Mick, precisamente, el nombre que yo le puse a la tarántula domesticada que tuve hasta hace unos pocos meses.

—Una tarántula —se asustó Adela.

—Sentí mucho su muerte, de vejez pura, créame. Era tan

cariñosa... y consumía tan poquito... Un ratoncito de cuando en cuando, alguna lagartija... Desde luego, no había en mi casa una sola cucaracha.

Adela rompió a reír con fuerza.

—Mick, voy a hacerle una confesión: nunca me había sentido mejor que hoy —declaró.

Elthoon abrió galantemente la puerta de su coche.

—Es el mejor elogio que he recibido en los días de mi vida —contestó.

Tayne y Mabel cambiaron una mirada de complicidad, pero no hicieron ningún comentario. Mientras los otros dos se acomodaban en los asientos delanteros, ellos ocuparon los posteriores.

Al sentarse. Tayne se apoderó de una de las manos de la muchacha. Mabel no se resistió al contacto. Y él se sintió extrañamente contento de la silenciosa aquiescencia de la muchacha.

La casa del capataz asesinado estaba en un lugar relativamente aislado, aunque no precisamente en un desierto. Había un gran patio, en el que se divisaban un par de camionetas ligeras y un todo terreno, amén de una excavadora con el motor al aire, sin duda en espera de una reparación que ya nunca llegaría por parte de su dueño. Burr debía de haber sido un hombre muy entendido en cuestiones mecánicas, a la par que un espíritu ahorrador, que le llevaba a evitar el gasto de un mecánico siempre que le era posible.

La casa era pequeña, aunque se advertía confortable y no debía de carecer de ninguna de las comodidades para el disfrute de su dueño. Junto a ella se divisaba un cobertizo de buenas dimensiones, de obra, bien construido y que parecía algo más que un simple garaje.

Al apear-se. Tayne dirigió la mirada al segundo edificio.

—Mick, creo que deberíamos empezar por ahí —dijo.

—En la casa puede que encontremos documentos... —alegó el investigador.

Tayne no le dejó continuar.

—Burr no debía de ser hombre de mucho papeleo, sino de acción —estimó—. Empecemos por el cobertizo; siempre tendremos tiempo de seguir con la casa.

—¿Tienes alguna idea de lo que vamos a buscar? —preguntó

Mabel.

—No, en absoluto, pero si seguimos con las manos en los bolsillos, no encontraremos jamás nada que pueda interesarnos.

—Abriré la puerta —dijo Elthoon.

—¿Tiene usted llave. Mick? —inquirió Adela.

—Aunque sea una irreverencia, si san Pedro perdiese sus llaves, yo abriría sin dificultad las puertas que él guarda tan celosamente —contestó.

Avanzó hacia la casa, a la vez que sacaba un manojo de ganzúas de su bolsillo. Tayne pensó que en más de una ocasión. Elthoon habría realizado algo irregular, con tal de conseguir lo que buscaba, pero no era el momento de hacer reproches.

El detective llegó ante la puerta, hizo unas cuantas pruebas y, a los pocos momentos, la abrió sin más problemas. Era una puerta de doble hoja y las separó del todo, a fin de que la luz entrase a raudales.

En el interior del cobertizo no había ahora ningún coche, aunque era evidente que Burr había guardado el suyo, a juzgar por las manchas de aceite que se veían en el suelo de cemento. En uno de los lados del edificio había una completa instalación de bancos de trabajo, con numerosas herramientas en las paredes o en armarios colgados de las mismas. Resultaba evidente que Burr había usado aquel lugar para sus tareas particulares lo que a la larga, debía de haberle proporcionado buenos rendimientos económicos.

Suspendida del techo por una viga de hierro, con sección de carril, había una pequeña grúa eléctrica, con cadenas y gancho. En cierto lugar del suelo. Tayne divisó una buena cantidad de serrín, esparcida sin duda para empapar un exceso de grasa caída de algún recipiente.

Elthoon se detuvo ante la entrada, rascándose la cabeza con aire de perplejidad.

—Bueno, y ahora, ¿qué diablos buscamos aquí? —exclamó.

Tayne no dijo nada. Estaba profundamente concentrado en sus reflexiones.

Una idea le bullía en la mente, pero no acababa de encontrar la forma de expresarla en frases o hechos concretos. Había allí algo que no encajaba en el conjunto general y no se sentía capaz de definirlo.

Avanzó unos pasos. De pronto. Mabel hizo una observación lógicamente femenina:

—Cuidado con la grasa del suelo; puedes mancharte los zapatos...

Tayne se detuvo junto al montón de serrín y lo miró fijamente durante algunos segundos. Las virutas de madera aparecían muy limpias, sin señales de la grasa que, realmente, deberían haber empapado.

Bruscamente, se puso en cuclillas y esparció el serrín con las manos. A los pocos instantes, apareció una anilla de hierro, encastrada en el cemento. La anilla se veía en el centro de un rectángulo, hasta entonces oculto por el serrín y que medía casi dos metros de lado por uno y medio de anchura.

—Esa losa oculta algo —dijo Elthoon—. Con la anilla, podremos levantarla...

Se inclinó para agarrar la anilla, pero Tayne le tocó en el hombro.

—Puede herniarse —sonrió—. Hay algo mejor, que nos evitará todo esfuerzo físico.

El mando de la pequeña grúa de puente estaba en la pared, frente a la losa. Tayne hizo descender el gancho. Elthoon lo pasó por la anilla y luego el motor eléctrico hizo el resto.

Un hueco, excavado en el suelo, apareció a la vista de todos los presentes. En su interior, se veían una serie de objetos, entre los que destacaban varios tubos de metal muy ligero, de casi diez centímetros de diámetro, provistos de rosca en uno de sus extremos.

—¿Era esto lo que buscábamos? —preguntó Mabel, decepcionada.

Tayne no contestó. Acucillado frente al hueco, examinaba los tubos de aluminio con profunda atención. Había seis, cada uno de poco más de un metro de largo, muy ligeros de peso y también con rosca en su interior, de modo que se podían empalmar para formar un tubo de unos siete metros de longitud.

Repentinamente, vio algo que le dejó sin aliento.

En uno de los tubos divisó una abertura circular, situada en un extremo, por medio de la cual se podía ver el espejo que había en su interior. Buscó afanosamente y no tardó en encontrar otro tubo análogo. Los dos tubos tan peculiares sólo tenían rosca en un

extremo, uno de ellos interior y el otro exterior, pero no dos roscas, como los cuatro restantes.

—Creo que empiezo a comprender cómo asesinaron a su hermano. Adela —dijo, pasados unos momentos.

—Si sabes cómo, conocerás el nombre del asesino —alegó Mabel.

—Aguarda un momento —pidió él—. Quiero confirmarlo...

—Eh, mire lo que hay aquí —exclamó Elthoon súbitamente.

En el fondo del hueco había un bulto envuelto en lona impermeable. Elthoon la desenvolvió y un revólver apareció a la vista de todos los presentes.

Tayne alargó la mano hacia el arma, que aparecía con un aditamento de extraña factura, pero Elthoon detuvo su gesto vivamente.

—No toque el revólver: puede haber huellas...

—Mick, con seguridad, el asesino las limpió cuidadosamente, antes de esconder el arma. De todas maneras, con lo que hemos encontrado aquí, es más que suficiente para acusarle, aunque hubiera usado guantes en todo momento.

—Debía de ser amigo de Burr, ¿no te parece. Chester? —dijo la muchacha.

—Amigo, pero más de sí mismo. Por eso lo asesinó.

—No entiendo...

—Algo debió de ocurrir entre los dos. Burr pediría dinero, tal vez o amenazó con delatarle... El caso es que el asesino decidió que no debía correr riesgos, fue a su cabaña y, como era conocido, resultó acogido sin recelos. En cuanto se le presentó la ocasión, golpeó a Burr, lo dejó sin sentido y luego lo colgó de la viga. Fue armado, por supuesto, o quizá Burr tenía un rifle del que se apoderó al vernos llegar, aunque esto tiene ya poca importancia. Burr había accedido a guardar aquí los instrumentos empleados para el asesinato del hermano de Adela, pero su *jeep*, que ordinariamente debía de quedar sobre el hueco, para ocultarlo, está ahora afuera y en su lugar, se arrojó serrín en el suelo, para ocultar la anilla.

—¿Podemos aplaudirle, señor Tayne? —sonrió Adela.

—Después de lo que hemos encontrado ahí —respondió el joven —, las deducciones se hacen por sí solas, señora.

—Bien, pero ahora que prácticamente, tienes el caso resuelto,

¿qué piensas hacer para desenmascarar al asesino? —preguntó Mabel, Tayne se volvió hacia la hermana de Williamsburg.

—Señora Hunter, necesitaremos su cooperación —dijo—. Mick, usted también tendrá parte en la función.

—Será un placer —rió el detective.

CAPÍTULO XII

Arthur Sallishaw llegó a la casa, que resplandecía de luces en compañía de Laura Walters, ambos elegantemente ataviados, aunque no de etiqueta precisamente. Adela en persona les recibió a la entrada.

—Señora Hunter —saludó él.

Adela le tendió una mano.

—Celebro conocerle, señor Sallishaw. Mi difunto herma no me habló mucho de usted. A la señorita no tengo el gusto de conocerla...

—Laura Walters, mi principal colaboradora —presentó Sallishaw.

—Encantadora —alabó Adela—. Tengan la bondad de pasar al salón; los restantes invitados llegarán muy pronto.

Sallishaw y Laura se dirigieron hacia el lugar señalado. Tayne y Mabel estaban ya allí.

—Hola —saludó el joven alegremente—. Volvemos a encontrarnos ¿eh?

—¿Para qué nos han invitado? —preguntó Laura con acritud.

Tayne se encogió de hombros.

—Creo que la señora Hunter lo explicará, cuando estén los invitados que aún faltan por llegar —respondió.

Un coche se detuvo a los pocos momentos y dos hombres se apearon de él. Al cruzar el umbral. Elthoon surgió del otro lado de la puerta y apuntó con un revólver a uno de los recién llegados.

—Lárgate, Jiff Renney —ordenó—. La invitación es para tu jefe solamente.

Beggan apretó los labios.

—Jiff viene siempre conmigo...

—Hoy no —contradijo el detective con firmeza. Hizo un movimiento rápido y desarmó al guardaespaldas, empujándolo

luego sin ninguna consideración hacia la puerta—. Si vuelves la cabeza aunque sea un solo instante, te partiré una pata de un balazo.

Renney se marchó sin protestar. Adela hizo acto de presencia en aquel instante.

—¿Qué tal, Mosty?

Beggan se puso pálido.

—Se... señora... Hunter...

—No esperaba verme aquí, ¿verdad? —sonrió ella. Movi6 la mano invitadoramente—. Estoy curada por completo, en todos los sentidos —añadi6—. Tenga la bondad de pasar; es usted el penúltimo de mis invitados, aunque creo que la fiesta puede empezar ya. ¿Mick?

—Descuida. Adela, voy a mi puesto —respondió Elthoon.

Adela echó a andar. Elthoon le dirigió una mirada de carnero degollado. Ella vestía un traje largo, de color fucsia, con discreto escote en el delantero, pero con la espalda totalmente desnuda. Tras un hondo suspiro, el detective dio media vuelta y salió fuera de la casa.

—Es hora ya de que empiecen las explicaciones —dijo Adela, después de haber servido bebidas a todos los presentes—. Tras mi divorcio, cometí algunas tonterías, entre ellas, las de aficionarme a las apuestas, la bebida y algo mucho peor: la droga, que me facilitaba un tipo como Beggan, conocedor de mi posición social y de mi parentesco con uno de los hombres más importantes de la ciudad. Esperaba sacar mucho dinero del asunto, así de sencillo.

—Muy bien, señora Hunter —intervino Sallishaw—, pero ¿qué tiene todo eso que ver con nosotros dos?

—A su tiempo, señor Sallishaw. Ya llegará el momento de justificar su presencia en mi casa. Mi hermano era soltero, no tenía otros parientes que yo y, lógicamente, soy su heredera universal.

Adela hizo una corta pausa y continuó:

—Mi hermano se enteró de mis problemas y me internó en una clínica para mi tratamiento y curación. Era, debo admitirlo, un tanto vengativo para según qué clase de ofensas. No iba a pegarle a usted cuatro tiros, señor Beggan, pero sí quería encerrarle en la cárcel y empezó a reunir pruebas, cosa que logró finalmente. Pero usted se enteró también y decidió que lo mejor era quitar de en

medio a un peligroso enemigo.

»Ahora bien, no podía emplear a uno de sus pistoleros, porque todos los indicios hubieran apuntado hacia usted. Tenía que ser algo más sofisticado, algo que pusiera en un verdadero brete a los investigadores y, naturalmente, alejase de usted todas las sospechas. El hombre que mató a mi hermano no era un asesino profesional. No había matado a nadie hasta entonces, aunque es preciso aceptar la teoría de que lo hizo compelido por las circunstancias. Lo cual no le impidió cometer después un segundo asesinato, cuando se vio en peligro de ser descubierto.

—Todo eso está muy bien, señora Hunter —dijo Laura con impaciencia—. Pero ¿quién es el asesino?

Adela hizo un gracioso ademán en dirección a Tayne.

—Chester, ¿por qué no continúa usted? —solicitó.

El joven carraspeó.

—Creo que debo explicar antes la técnica del asesinato de Williamsburg, una técnica completamente desconcertante, dadas las circunstancias que rodearon al crimen, ya que nadie comprendía cómo había podido morir un hombre de un balazo, en una habitación cerrada y sin que el asesino hubiese penetrado en ella. Bien, pero cuando se conoce la solución, todo parece muy fácil... aunque es preciso admitir que fue un procedimiento insólito... y si no fuese porque la técnica se utilizó para matar a una persona, diría que hasta genial.

»Lo primero que debemos saber es que el asesino, por su profesión, conocía perfectamente las costumbres de la víctima. No lo hizo de buena gana, también debemos admitirlo, pero se vio impulsado a ello, para no encontrarse en la ruina o sufrir daños aún peores. Sentado esto, pasemos a explicar el método del crimen.

»No podía entrar en la sala, porque, de una forma u otra, habrían quedado huellas. Entonces, ideó construir un artificio que le permitiese disparar el arma desde unos seis o siete metros de distancia. Sustancialmente, consistía en una serie de tubos huecos, muy ligeros, que se podían empalmar sucesivamente mediante roscas. En cada extremo de ese tubo, había sendos espejos, en ángulos de cuarenta y cinco grados, exactamente igual que los que componen los órganos de visión del periscopio de un submarino. De este modo, el asesino podía apuntar perfectamente, ya que tenía el

revólver sujeto mediante unas grapas especiales, a uno de los extremos del tubo, y fijaba la puntería mirando por el otro extremo... como si utilizase, repito, el periscopio de un submarino, aunque, lógicamente, en posición inversa, esto es, de arriba abajo, en lugar de abajo arriba.

—Entonces, tuvo que situarse en un lugar elevado, pero ¿dónde?
—intervino Laura Walters.

Tayne sonrió. Tomó un sorbo de coñac para recobrar el aliento y prosiguió:

—Puesto que no podía entrar en la sala, se situó en un lugar elevado, junto a la boca superior de una chimenea que no se había encendido. —Avanzó unos pasos y se colocó al lado de la chimenea —. El arma asomó por aquí y el asesino, desde arriba, sujetando el tubo con una mano y observando el blanco por el ocular del periscopio invertido, fijó la puntería. Había atado un cable muy fino al gatillo del arma, probablemente, hilo de pescar, de modo que, cuando tuvo el blanco en la mira, tiró del hilo, salió la bala y la víctima murió. El disparo no fue oído por la servidumbre, tanto por estar cerrada la sala, porque ellos dormían en el ala opuesta. Luego, el asesino desarmó el artilugio y se descolgó por la cuerda de escalar, con gancho, que había llevado también consigo. Después de todo lo que he dicho, ¿no hay ninguno de los presentes que sepa identificar al asesino?

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia después de la última parrafada del joven. Tayne miró a Sallishaw, cuya frente estaba cubierta de minúsculas gotitas de sudor.

—Gran deportista, magnífico alpinista, ingeniero, hábil mecánico, tercer oficial a bordo de un submarino nuclear, ya que pertenecía a la Reserva Naval —recitó el joven lentamente—. ¿Quiere más pruebas, señor Sallishaw?

Laura Walters apretó los labios.

—Juro que yo no sabía nada de esto...

—Es posible, pero creo que lo sospeché, aunque guardó silencio, pensando en su futuro —acusó Tayne—. De todos modos, ese futuro, para usted, se ha deshecho como una pompa de jabón.

Laura, furiosa, se volvió hacia Sallishaw.

—¿Por qué diablos tuviste que hacerlo? Tenías una buena posición, expectativas muy grandes... y tuviste que echarlo todo por

la borda...

Sallishaw se ahogaba, incapaz de emitir una sola palabra. Tayne supo así que lo que se comentaba del sujeto era cierto: aparentaba una fortaleza que no tenía. Había sido un débil pelele en manos ajenas, pero ello no le eximía de su culpa en el crimen.

—Porque, si le forzaron a ello, la técnica del asesinato es enteramente suya —declaró en voz alta.

Al fin. Sallishaw hizo un esfuerzo para hablar:

—Aunque todo eso fuese cierto, tendría que demostrarlo, me parece —dijo.

—Oh, ése no es problema. Pero, dígame, ¿es cierto que Beggan le tenía en sus manos? ¿Cuánto dinero le debía por apuestas?

Beggan emitió una maldición entre dientes. Lo qué dijo Laura era verdaderamente obsceno. «Ahora deja ver qué clase de mujer es en realidad», pensó Tayne.

—Llegué a fiarle hasta ciento cincuenta mil —dijo Beggan rencorosamente—. Tenía una buena posición, una empresa próspera... pero, de repente, descubrí que era sólo una fachada y que jamás recobraría el dinero prestado.

—Y como Williamsburg le andaba pisando los talones y usted quería deshacerse de él, pero, al mismo tiempo, sabía que no podía emplear a uno de sus matones, recurrió a Sallishaw para que le librase de compromisos, ¿no es cierto?

—Tendrá que demostrarlo —contestó Beggan con rostro ceñudo.

—No hay pruebas —insistió Sallishaw.

—La señora Hunter ha encontrado las pruebas que su hermano consiguió contra Beggan —declaró Tayne, impasible—. En cuanto a las pruebas del crimen...

—No las encontrarán jamás —exclamó Sallishaw rabiosamente.

—A mí no me cazarán —aseguró Beggan, a la vez que se ponía en pie, con una pistola en la mano.

Bruscamente, sonó un disparo en la chimenea.

Beggan lanzó un aullido de dolor. Su brazo, sacudido por el impacto de la bala, se movió convulsivamente.

El índice se crispó sobre el gatillo y el arma se disparó. Sallishaw se estremeció horriblemente.

—Me ha matado... —balbuceó, mientras sus rodillas se doblaban con siniestra lentitud.

Beggan gemía sordamente, agarrándose el brazo herido con la otra mano.

—Un médico...

Adela se acercó al sujeto y le miró con severidad.

—Usted se curará mucho más fácilmente que yo, pero lo encerrarán en la cárcel para el resto de sus días —dijo. Laura se rehízo, atusándose el cabello.

—Bueno, sobre mí no pesa ningún cargo —dijo, como si se sintiese indiferente hacia lo ocurrido. Tayne se volvió hacia ella.

—¿Quién condujo el *jeep* de Burr, para que su asesino pudiera regresar en el coche propio al campamento de Red Rock Hills? ¿Quién lo devolvió después a la casa del muerto, pero sin encerrarlo en el garaje? ¿Llevaba usted guantes cuando empuñaba el volante?

Laura se puso lívida. Un hombre entró en aquel momento.

—Le presento al teniente DeRayter, el último de mis invitados —dijo Adela.

—Lo que no comprendo es por qué tenía Beggan tanto interés en deshacerse de ti —dijo Mabel más tarde.

—Está relacionado con mi informe y lo que yo le dije a Williamsburg. Éste había empezado a reconsiderar la situación y Sallishaw temió que, por ese lado, se destapase todo el pastel. Lo mejor, pues, era taparme la boca, y en ello Beggan colaboró gustosamente, porque también le interesaba eliminar posibles riesgos.

—Pero Burr encargó informes tuyos a Elthoon y Malone...

—Burr debía de olerse algo muy extraño y quería conocer más detalles, antes de seguir en un asunto que no le gustaba. Había invertido parte de su capital en el negocio de Sallishaw y éste le amenazó con romper el contrato que les unía, lo cual le hubiera representado la ruina, porque, prácticamente, todos sus trabajos eran para el asesino.

—Otro que actuó bajo presión —dijo Mabel.

—Pero luego debió de pensar que la ruina económica era preferible a la cárcel y, en cambio. Sallishaw opinaba de modo diferente: ni ruina ni cárcel.

—Comprendo. Ah, hablé con Berry y me confirmó que, efectivamente, fue Laura quien quemó mi informe...

Elthoon apareció en aquel momento.

—Era un artilugio diabólico, pero terriblemente efectivo —declaró—. Podía ver el blanco a la perfección, desde lo alto de la chimenea. Incluso, si hubiese querido, habría atravesado el corazón de Beggan. Sin embargo, preferí herirlo; sufrirá más en la cárcel, adonde, espero, lo encerrarán para siempre.

—Y Malone descansará tranquilo en su tumba —sonrió Tayne.

—Es lo que deseé desde un principio. Aunque, la verdad, no pensé que mi disparo provocase una carambola... Me refiero a la muerte de Sallishaw, claro.

Adela se acercó al detective y le puso una mano en el brazo.

—Era el asesino de mi hermano; no te atormentes más por ello. Mick —dijo cálidamente.

Tayne y Mabel cambiaron una mirada de complicidad y luego sonrieron. El joven asió con fuerza el brazo de Mabel.

—Será mejor que nos larguemos —propuso, lo que ella aceptó de inmediato.

Maldiciendo entre dientes. Tayne abandonó el lecho, envolviéndose en una bata, a la vez que se dirigía hacia la puerta. Al abrir, vio a Elthoon en el umbral.

—Tengo que darle una buena noticia —dijo el detective—. Adela me ha pedido que me case con ella... Necesita protección y... Bien, fíjese qué cambios da la vida; yo casado con una mujer guapa y rica... El pobre Malone en una tumba... ¿Qué me aconseja. Chester?

Tayne contuvo una imprecación y se esforzó por sonreír.

—En su lugar, yo me marcharía inmediatamente a la Antártida —dijo.

—Oiga —dijo Elthoon, muy amoscado—, ése no es el consejo que yo esperaba...

—Entonces, ¿para qué ha venido a pedírmelo?

Elthoon le miró fijamente un segundo y luego se echó a reír.

—Tiene razón: hay cosas que uno debe hacer por sí mismo, sin pedir consejo a nadie —se despidió.

Tayne volvió a la cama. Mabel, soñolienta, preguntó:

—¿Quién era, cariño?

—Elthoon. Adela Hunter ha «pedido» su mano.

—Se van a casar...

—Eso espero. Pero no es cosa nuestra, me parece.

—¿Qué nos interesa a nosotros. Chester?

—Pues... por ejemplo, una sociedad...

Tayne & Garden.

Proyectos Técnicos y Presupuestos... ¿Qué te parece?

—Trabajaríamos juntos.

—Por supuesto.

Ella se volvió de pronto y le abrazó con todas sus fuerzas.

—Chester, ¿es cierto que me he casado contigo?

Tayne se echó a reír. Cubrió totalmente su cuerpo y el de la joven con las sábanas y luego la atrajo hacia sí.

—Voy a demostrártelo... con la mejor de las técnicas... —No la de un asesinato, imagino.

—La técnica propia de un marido locamente enamorado de su esposa —contestó Tayne.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

